



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx



DOCUMENTO 1

Semblanza y biografía

Se presentan aquí cuatro escritos (uno de los cuales, *Apunte sobre una personalidad*, fue un discurso pronunciado en la Academia Mexicana, correspondiente a la Española, el 19 de febrero de 1954, incluido en el libro *Academia* [1959]) que hablan del origen, trayectoria y personalidad de Martín Luis Guzmán. En uno de ellos se describe a sí mismo Martín Luis Guzmán; es una retrospectiva personal; los tres restantes muestran al hombre público, al político y al escritor, al maestro y amigo, en fin, hablan de la huella que dejó en la vida de México y de sus aportes a la cultura nacional.

Semblanza y biografía

Apunte sobre una personalidad

Con la venia del C. Presidente de la República, que nos honra asistiendo a este acto —nadie, señor Presidente, lo apreciará más que yo—, y con un saludo para las amables personas que ocupan la sala.

Señores Académicos:

Mal me sabría que al principio de estas palabras, escritas para vosotros, no expresara yo, paralelamente a mi gratitud por la extraordinaria benevolencia de que me hicisteis deudor al traerme a vuestro seno, otro reconocimiento más: el de la paciencia infinita de que habéis dado prueba esperando trece largos años la declaración formal con que hoy, rendido y un poco confuso, respondo al fin a vuestro requerimiento. Pero todavía así, confieso que en estos instantes mi turbación no es poca, y que la siento crecer al darme cuenta de cómo mi actitud de recipiendario puede quizá pareceros heterodoxa en demasía, ya que el discurso a que voy a dar lectura se apartará seguramente, por el contenido, por la calidad y por la forma, de cuanto los usos académicos prescriben para ocasiones como la de ahora y esperan que en ellas se realice.

Fue en efecto mi propósito, acariciado de mucho tiempo atrás, abordar hoy en vuestra compañía un estudio estrictamente literario, y aun erudito, conformándome así mejor a la índole de esta corporación insigne y a sus costumbres más persistentes. Para ello había pensado leeros, en forma metódica y expositiva, mis notas y reflexiones sobre un tema que bien pudiera titularse *La nota liberal en las letras mexicanas*, asunto que me seduce desde que empecé a entrever cómo hay en nuestra literatura, junto a los grandes autores y a las principales corrientes de pensamiento y expresión que los abarcan, otras figuras, indudablemente no tan señaladas en el orden literario, aunque a veces lo sean más por la actividad total del espíritu, y otros caudales, éstos de volumen menor, aunque no ajenos del todo a nuestros escritores máximos, que también concurren a dar a la obra común de los literatos mexicanos el carácter de un hecho artístico nacional con perfiles que le son propios. Y aun pensé después, pareciéndome demasiado ambicioso el intento, y superior en mucho a mis

fuerzas, reducir modestamente la cuestión a una sola de sus fases y limitarme a analizar frente a vosotros a *Los reformadores mexicanos como hombres de letras*, gracias a lo cual esperaba yo no abandonar del todo mi deseo de discurrir esta noche sobre la materia escogida.

Me impelia otra consideración más: el recuerdo de don Raimundo Sánchez, mi antecesor ilustre en la silla académica que la suerte y vuestro voto me han deparado. Gramático él en la más amplia aceptación del término, y tan agotadoramente puesto a los estudios filológicos y a transmitirlos por medio de la enseñanza, que no le quedaba tiempo ni para escribir —lo que nos irrogó doble pérdida al acaecer su muerte—, ¿qué mejor tributo hubiera yo podido rendir a su memoria que el mantenerme hoy dentro de las reglas académicas más consagradas y rigurosas? Y no quiero decir con esto que don Raimundo Sánchez se comportara como un dómine, ni dentro ni fuera de sus dominios. No. Espíritu abierto a la inteligencia de los gérmenes renovadores que trae consigo toda lengua resuelta a no morir en vida, no se le escapaba la manera de conjugar lo establecido y lo nuevo a fin de que nuestro idioma, sin apartarse de sí mismo, se enriqueciese y transformase de acuerdo con las tendencias del día. Lo demostró así cuando, al leer su discurso de ingreso a esta corporación, nos dio a conocer, sabiamente y con gran holgura y libertad de juicio, los fundamentos de su doctrina, contraria a un “purismo intransigente y exagerado que mude en fanatismo la pureza de la palabra”, porque eso causaría —nos demostró— el “estancamiento de la lengua, y la incapacitaría para llevar a cabo su natural función de reflejar las corrientes, las tendencias y el ambiente de la sociedad”. Es que sin dejar de ser amable su naturaleza y sonriente su actitud —con aquella timidez que lo corto de su estatura y lo pequeñito de su cuerpo hacía aún más bondadosa y grata—, y sin olvidarse de ser jovial en toda su persona, no obstante el traje negro de que no se desprendía nunca, don Raimundo Sánchez encarnaba como muy pocos, por su recato, por su puntilliosidad, por el rigor crítico que aplicaba a cuanto salía de su mano, la silueta de lo académico llevado a la perfección. Y a ese ejemplo —digo—, hubiera querido yo ajustarme en este discurso, pese a mi evidente ineptitud y a sabiendas de mi falta de preparación para igualar a quien nunca careció de acierto.

Pero todas las cosas tienen un camino natural, a menudo muy distinto del que solemos asignarles por obra de nuestra ignorancia, o por insensibilidad o capricho; y lo natural, tratándose de mi ingreso en esta ilustre academia, es que hable yo de ella y de mí, quiero decir, de la relación que haya podido advertirse mirando simultáneamente hacia la una y el otro, o, para mayor exactitud, mirándome a mí en el trance de conducirme dentro de ella. De otra suerte tendría yo la sensación de estar dejando en el olvido, deliberadamente y con el ánimo de no explicármelos ni explicároslos, ciertos hechos, recientes todavía, y públicos y hasta conocidos algunos de ellos, en los que la Academia y yo hubimos de intervenir con motivo de asuntos para mí inolvidables por el sitio y forma en que se produjeron. Y no os oculto que postura tan cómoda no

cuadra con mi manera de ser ni con la consideración profunda que guardo a cada uno de vosotros. Más aún: creo que si la adoptara yo, falsearía a mis propios ojos el sentido de esta ceremonia, cuya formalidad exterior sólo se justifica en la medida en que lo merece el valer real de nuestras personas aquilatadas por nuestros actos.

Salta a la vista, en verdad, lo raro de mi situación en la Academia durante los trece años transcurridos desde que por primera vez me cupo el honor de sentarme entre vosotros. Han sido trece años bien singulares, a mi ver, por la acogida, extraordinaria cuanto vehemente, que vuestra bondadosa atención dispensó a todo lo que mi atrevimiento o mi arrogancia creyeron oportuno venir a decir; trece años de un diálogo sin equilibrio, en el que de una parte, la vuestra, se mostró incansable la deferencia al escuchar, y de la otra, la mía, ingrata y con duelo, la insistencia en decir; trece años en los cuales, a menudo, por no decir que siempre, he sostenido puntos de vista opuestos a los de la Academia en su conjunto y a los que personalmente profesan los más de los eximios individuos que la componen.

Claro que nuestras discrepancias no han versado nunca sobre puntos lingüísticos escuetamente considerados, o acerca de cuestiones de lenguaje desnudas de las incidencias que les provoca el mundo en que se suscitan. Se han referido más bien al papel, a la ejemplaridad de la Academia como instituto sobresaliente en la vida cultural de la nación mexicana, y a cosas que miran a lo que, genéricamente, podría agruparse bajo el rubro de *Política de la Academia para la defensa del idioma de México*. Pero esto mismo es un indicio de la hondura que he de atribuir al porqué y al cómo de nuestro diálogo, y me señala la conveniencia, y hasta la necesidad, de encontrarles una explicación. Porque la nuestra no ha sido una controversia fácil, ni una tranquila exposición de modos de ver dispares o contrapuestos, sino algo tan movido a veces, y siempre tan dramático en sus ápices, que aun entre nosotros pudo haber dado pábulo a la reflexión de que la Academia y yo —ella desde la importancia de su altura; yo desde lo insignificante de mi pequeñez—, contemplábamos fines inconciliables y nos desconocíamos recíprocamente por nuestro afán de perseguir, en conflicto, empresas que, al negarse entre sí, nos negaban.

¿Cómo, pues, no aprovechar la oportunidad de este acto, inigualable por su trascendencia en lo que a mí se refiere, para comunicaros la interpretación correcta que ha de darse a mi conducta cerca de vosotros? ¿Y cómo no intentarlo yo en términos cuya amplitud y hondura los haga dignos de que se les escuche en la reunión solemne tan generosamente preparada por vosotros para recibirme en público? Esto sin contar con que, procediendo así, pronunciarán mis labios, implícito en la idea, ya que no expreso en la frase, el elogio que la Academia merece por haber franqueado su recinto, rompiendo quizás alguna de sus tradiciones más caras, a un hombre de mi temperamento, aparentemente tan reñido con la reflexión y la prudencia, con la moderación y el escrúpulo,

con la medida y la quietud que el mundo en su mayoría cree inseparables de las funciones académicas y de quienes las practican.

Ahora bien, como ninguna explicación mejor se me ocurre —ninguna más concisa y completa— que trazar ante vosotros un esquema de mi mismo, cordialmente os ruego que por unos minutos os asoméis con simpatía a los momentos culminantes que decidieron mi vida en sus principales aspectos, inclusive los de escritor. Porque eso sí os revelará, al pintarme en función de mi propia historia, cuáles son el móvil y el sentido de mis actos, y cuál la condición humana que ha de atribuírseme por los raíces de mi conducta, no según el patrón que pretenda medirme a capricho, y cuáles las directrices de mi modesta personalidad conforme a lo que ella encierra de cierto, no a través del cristal con que se la mire. Sabréis, dicho de otro modo, si en verdad soy, como por allí se dice, un hombre en pleito con los valores y prestigios más respetables para toda una parte de la humanidad; un personaje extraño, extravagante, absurdo; una especie de iconoclasta desorbitado, o comunista feroz, o anticristiano inmundado, o ateo proclive, y hasta un inenarrable enemigo personal de la Virgen de Guadalupe; que todas estas zarandajas y otras no menos divertidas, me suponen los aficionados a lo arcano y tenebroso, seguros de estar tocando con el dedo el fondo de lo insondable. Aunque también puede suceder que, lejos de inmensurabilidades tamañas, y muy natural y contenidamente, resulte yo ser tan sólo un hijo de mi hora y de mi país, o, acaso, de aquello que mi país y mi hora tienen de más inquietante, por más vivo y fecundo.

Acompañadme, pues, os lo ruego, en el trecho de las breves etapas que componen mi relato, y preparaos a disculparme si os aburro un poco.

Nació a la vida del espíritu quien hoy os habla como colega, en Tacubaya, rincón del Valle de México, hace más de sesenta años. Tacubaya era entonces una villa rústica y señorial. No conocía el drenaje en sus calles ni el alumbrado eléctrico bajo sus techos, pero, en cambio, se deleitaba mirándose a sí misma en la belleza de sus calzadas y sus fuentes y en la lozanía de sus alamedas y sus parques, pues nada suyo carecía de luz. Florida toda ella, por sobre las tapias y las verjas de sus casas, chicas o grandes, se desbordaban los floripondios y las bugambilias, y al abrirse sus portones más anchos o sus postigos más estrechos, se mostraba inmediata la visión, fresca y umbrosa, de algún jardín. El aroma de las flores era su atmósfera. La iluminaban los brillos del sol, sombreados por la humedad de la lluvia o su recuerdo, y el iris de la escarcha o del rocío. Era clara y armoniosa. Enriquecían su silencio el aleteo de las palomas en la transparencia del aire, el graznido de los patos en vuelo hacia la laguna o el canto del jilguero y la calandria y el grito del pavo real. Era elegante, era bucólica. Uno que otro carruaje de hermosos caballos, tranvías diminutos tirados por mulitas veloces, algún jinete, burros cargados de arena o carbón, rebaños de ovejas o vacas, daban tono a la soledad de sus calles, sobre cuyo empedrado corrían o jugaban a lo lejos unos cuantos niños. Era apacible. De

tarde en tarde transitaban por las aceras, hechas de baldosas, hombres que no ponían prisa en el andar y mujeres generalmente atareadas y menudas, humildes las más, pero todas con cintas de colores en el pelo y la gracia del rebozo caída a la espalda.

Lo grato y amable no paraba ahí. En torno a la primitiva placidez urbana se extendía, grandioso y sin término, el espectáculo de la belleza natural. Quedaban próximas, casi al alcance de los dedos, las inmensas cortinas de los bosques aledaños, inagotables en su verde ascensión por colinas y lomeríos. Se veía de dondequiera, remota y cercana a la vez, la mole del Ajusco, oscura e incomprensible, pero presidiendo día y noche, con la hosca majestad de su cima, hasta las más recónditas pulsaciones del valle. Y más lejos todavía, pero también más alto y armónico, y reflejándose en la superficie de los lagos como para levantarse a mayor altura y adquirir otra dimensión, completaba las luminosidades de aquel pueblcito un ritmo múltiple, doble de forma y de línea: el juego de colores de los dos volcanes, de cumbres de nieve.

En medio de tanta hermosura, el niño de entonces fue adueñándose de las imágenes que lo rodeaban: aprendía a ver y a sentir, se acostumbraba a lo bello, modelaba su alma por el sencillo embeleso de los vergeles y por lo ingente de los bosques y las montañas. Y mientras tanto, aunque en otro orden muy distinto, e informulado para él, el espíritu se le agitaba al toque de una emoción que lo predisponía con huella gemela y no menos profunda: la que en él iba grabando la presencia de lo histórico en toda su grandeza.

Porque entraba en su ambiente cotidiano uno de los escenarios más conmovedores que la Historia conoce: la llanura y las arboledas que de pronto, convertidas en bosque, alzaban al cielo el Castillo de Chapultepec, fijo sobre la masa de verdura con la evocadora serenidad de lo que sin moverse vive y viviendo es inmutable; el edificio —ya sin propósito utilitario; misterioso en la hueca superposición de sus cinco hileras de ventanas, estático como un recuerdo escrito— del Molino del Rey; y más arriba, junto a las escarpas de la Casa Mata, medio oculto por los matorrales, el monumento minúsculo —una mujer en miniatura, llorando inclinada sobre un ánfora— conmemorativo del drama militar acaecido allí durante los días 8 a 13 de septiembre de 1847.

Paseaba y corría el niño bajo las frondas de aquellos ahuehuetes; trepaba por las laderas de aquel cerro; se asomaba curioso a la lobreguez de aquel edificio, y travesaba entre los matorrales de aquel monumento. Todo lo cual hacía latir en él las imágenes inefables de otros cinco niños, héroes en la más pura inocencia de la patria, y daba origen a que la patria misma, de ese modo, se le fuera ya representando —él se la imaginaba como un manto protector— mientras la realidad de las sombras históricas lo impregnaba.

Otras veces, durante sus correrías y sus juegos, el sentimiento patriótico embrionario se le entretejía con la sensación de los toques marciales que baja-

ban al bosque desde las terrazas del Colegio Militar; y otras —eso empezó a ocurrirle después—, se le volvía elemento inmediato, íntimo de los minutos que estaba viviendo, al fundirse con una aparición periódica, y obsesiva por las emanaciones de su resplandor tangible: la aparición del héroe, vivo y al propio tiempo legendario, que habitaba en lo más alto del cerro y del castillo, la aparición del general Porfirio Díaz.

A Porfirio Díaz, fulgurante de bordados y medallas de todos los brillos, *viripotente por la esbelta robustez de su estatura y lo ancho de sus hombros*, el niño lo veía pisar, majestuoso, la alfombra de los escalones que, año tras año, lo llevaban hasta el sitio de honor de las conmemoraciones del 8 de septiembre. Era para él algo único, incomparable, oír así personificados los rumores de su bosque y confundidos con los acordes del Himno Nacional. Luego, fascinado por aquella figura dominadora, enigmática e impasible, la contemplaba largamente y en silencio, mientras en su interior seguían flotando, durante toda la ceremonia, las dos palabras mágicas: *Porfirio Díaz*, voz como de triunfo, afirmación invencible de *no sabía él cuantos combates*. Y al formularse así, unidas a los nombres que los discursos le traían al oído, su emoción de la patria se le volvía jocunda, lo embargaba una euforia que, inconscientemente, prolongaría él después musitando, al unísono de sus juegos, los nombres gloriosos de los Niños Héroes.

No siempre era allí. En ocasiones, el adalid majestuoso, de paso hacia la casa de su hija, se le aparecía de súbito, visible apenas en el fondo de un coche oscuro y sin reflejos, por las calles de Tacubaya. Ahora iba solo, vestido de negro y desprovisto de galas y preseas. Al divisar el carruaje, el niño corría tras él hasta verlo perderse en el fondo del bosque donde ella vivía. Una vez lo vio entrar, a pocos pasos de su propia puerta, por el amplio zaguán de la casa de don Manuel Romero Rubio. El coche se quedó varias horas, traspuestos los poyos de granito, junto a los arriates cuajados de flores, y esa tarde se iluminaron más las ventanas de la casa, ventanas anchas y altas, y de grandes barrotes dorados. Y también lo vislumbró, otra vez, en las cercanías de la mansión de don Fernando de Teresa. Entró el coche por el lado del jardín, que esa mañana parecía más luminoso y alegre: detrás de los muros inmensos, el ferrocarrilito del parque rodaba sin descanso, no dejaba de silbar, iba de una a otra de sus estaciones diminutas, que eran como de juego, aunque pareciese de veras, y que entonces lucían adornadas desde el cobertizo hasta los andenes.

Junto con la armonía de lo bello y lo inmarcesible de la Historia, en el espíritu del niño se iniciaba lo concerniente a Dios. Su hogar estaba en la calle del Arbol Bendito, así llamada por la increíble altura —don de la gracia divina, según la voz popular— que alcanzaba aquel tronco centenario, y por la inmensidad de la sombra nacida de aquel follaje, cielo perennemente verde sobre tres o cuatro casas. Tenía él un *santo predilecto* —batallador y flamígero—: San Miguel Arcángel, advocación de la iglesia, situada apenas a tres calles,

cuyo campanario lo despertaba todas las mañanas, y hasta cuyo altar, en el mes de abril, su hermana y sus amigas, inmaculadas en blanco, llegaban a ofrecer flores que no se compraban, sino que de los rosales, de los lirios, de los jazmines, las cogían las mismas manecitas que habrían de ponerlas después en la peana de la Virgen. Y luego, estaba su escuela: la enseñanza principal era la del catecismo, y la rutina predilecta, rezar el rosario cuatro veces al día, de rodillas sobre los bancos y con grande emoción, y recogimiento y fervor religiosos.

Naturalmente, el niño estaba sacramentado por las aguas bautismales, y había recibido la confirmación nada menos que en la catedral metropolitana y de manos del arzobispo de México don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos. Mas por órdenes paternas, terminantes y estrictas, no se le llevaba nunca a misa ni se acercó jamás a un confesor. Y no es que el padre fuera irreligioso; al revés: militar bravísimo, todo en la vida lo acometía y ejecutaba inflamado el pecho por la esperanza de la ayuda divina y con el nombre de Dios en los labios. Durante la Semana Mayor, la familia, reclusa en casa, rezaba y oraba de lunes a jueves, y el viernes acudía a la iglesia.

Tal religiosidad —que era, conforme a las definiciones del padre, la religión de estar cerca de Dios y lejos de sus ministros— el niño la practicaba a medias. Se atuvo a la orden sobre no confesarse, pero halló modo de asistir a misa —ya que no de oír, pues de ello no sabía ni entendía lo mínimo— y consiguió otras aproximaciones al mundo eclesiástico. De madrugada, a la edad de siete años, se escurría de su camita cuando las campanas llamaban a misa de cinco; salía al jardín; saltaba por sobre la citarilla, y, una vez en la calle, subía encarrerado la pendiente hasta la iglesia de San Diego. Allí la bóveda azul, tachonada de estrellas de oro, lo hacía ponerse de rodillas y arrojarse en el misterio del espectáculo divino, incierto en la penumbra del amanecer y oloroso a incienso y a cera. Al fondo, por encima de las cabezas humilladas y entre las lucecitas del altar, cobraban para él todo el relieve de un drama tácito los movimientos, las genuflexiones, los éxtasis del sacerdote —con sus paramentos dorados y sus formas resplandecientes, con su gran libro que iba y venía, con su acólito de turíbulo y campanilla de plata—. De vuelta en el jardín de su recreo, no tenía que mentir. Cuando, a las siete de la mañana, su padre lo descubría entre los macizos trasplantando matas o enderezando tallos, hablaban de la madreselva, del plúmbago, del heliotropo.

En cierta época del año eran, ya al anochecer, las misiones de la hacienda de la Condesa. A ellas lo llevaba su madre, con la cual se estremecía y lloraba perdido entre una muchedumbre de señoras ricas y hombres y mujeres humildes, que gemían de hinojos sobre las piedras del atrio de la capilla y proferían alaridos de perdón. A través de sus lágrimas, el niño veía azorado cómo el padre Diego, desnudo el busto, se flagelaba las espaldas hasta teñírselas en sangre, y cómo la camisa del sacerdote, suelta hacia atrás, se iba poniendo

roja, roja y negra, negra y brillante, y cómo se reflejaban allí, con destellos, las llamas mortecinas de las velas diseminadas por el patio y los rayos de los reverberos de petróleo que colgaban de las paredes.

Dio entonces el niño en construirse altarcitos y en decir misa para su hermana y sus amigas, hasta que de allí a poco, el padre, intrigado y enterado, ahuyentó aquellas inmersiones en el sentimiento religioso crepuscular y les dio un sustitutivo: el de la lectura. Pero no bastaron para ello los cuentos de hadas, ni el de *El caballito de los siete colores*, ni el de *El príncipe y las tres toronjas*; por lo que hubo de recurrirse a la edición infantil de *Los mil y un días*, a Juan de Dios Peza, a Juvenal y aun a los periódicos diarios y a los corridos populares con dibujos de Posada.

Una vez, revolviendo cajones en busca de nuevas lecturas, el niño halló un instrumento rarísimo, provisto de una aguja móvil que apuntaba siempre en dirección invariable, y dos libros: uno, *El Decamerón*; otro, *El proceso del Mesías*. De *El Decamerón*, leídos unos cuantos renglones, no volvió hacer caso. De *El proceso del Mesías*, bello volumen de pastas a colores sobredoradas y con láminas a página entera, se apasionaría durante meses.

Aquella noche el niño sostuvo un diálogo con su padre. “¿Qué es esto?”, le preguntó, mostrándole el instrumento que había descubierto arrumbado. “Una brújula.” “¿Y por qué esto apunta siempre hacia allá?” “Porque allá está el Norte. Cuando crezcas y seas hombre, también tu serás así. Sabrás dónde está tu Norte y no te extraviarás.”

Pocas noches después hubo otro diálogo. A tres calles de la casa del niño acababa de morir un hombre famoso llamado Guillermo Prieto, de quien todos hablaban apodándolo *el Romancero*. “¿Que quién era Guillermo Prieto?”, le contestó su padre: “Un gran liberal; con su palabra salvó a Benito Juárez de la muerte que iba a darle un pelotón de soldados.” “¿Y quién era Benito Juárez?” “Otro gran liberal, el mayor de todos.”

Desde entonces, dos frases de aquellas explicaciones paternas se grabaron indeleblemente, pero las dos ligadas, las dos casi unidas en una sola, sin saber el por qué: “Ser un gran liberal”, “Tener un Norte, como las brújulas”.

Al cumplir el niño los once años, la familia se trasladó a Veracruz. Allí el espectáculo del mar —era una visión magnífica y portentosa— le dilató en el espíritu las enseñanzas recibidas frente a las montañas y los paisajes de Tacubaya y lo condujo como de la mano —porque también era aquella una visión de anchura infinita— al sentimiento y el amor de la libertad. Solo en la playa desierta, y más si eran días de olas y vientos tempestuosos, vivió con la naturaleza el instinto de las gaviotas y con el estímulo de sus lecturas infantiles el individualismo absoluto de Robinson Crusoe y el ansia vengativa y jus-

ticiera del Conde de Montecristo. Hubo más: de ahí a pocos meses, la diaria aparición del milagro marino, al que todas las mañanas acudía insaciable desde los balcones de su casa, ahondó en él el surco ya dispuesto a recibir las simientes germinadoras de la cultura. Contemplaba a lo lejos el relieve indecifrable de las islas veracruzanas, y con sólo mirarlo asistía, transportado, a la epopeya oceánica de Cristóbal Colón y sentía despertarse en él, al conjuro de unos cuantos nombres —San Lúcar de Barrameda, Isabel la Católica, la *Santa María*, la *Niña*, la *Pinta*—, un desbordamiento intenso, aunque indeciso y vago: era, incipiente, el sentido ecuménico de su patria.

En Veracruz, además, principio del México fundado por Hernán Cortés, las proezas y el dolor de la Conquista renacieron para sus ojos, fueron realidad presente entre el rugir de las olas que veía él lanzarse broncas hacia los arenales de la playa del Norte, y entre el estrépito de las que se destrozaban contra el islote de San Juan de Ulúa. Y aunque totalmente ciego aún a los imponderables efectos de la lengua que se habla desde la cuna, empezó a sentir y entender cómo España era la prolongación espiritual de su patria mestiza, igual que México, entrevisto en su viaje desde la montaña al mar como un país de llanos no siempre feraces, y de cordilleras y cerros áridos las más veces, era el ensanchamiento geográfico de su valle, rodeado de nieves y bosques y humedecido de lagos.

También en Veracruz, bastión secular de las luchas contra los piratas ingleses; escenario, heroico a porfía, de contiendas civiles y guerras contra invasores; plaza cuyo destino dramático se pintaba en las almenas de su castillo arrancado al mar, en los restos de su muralla hecha de riscos y en sus baluartes ennegrecidos por el tiempo y las borrascas, la presencia del hálito histórico, antes percibido a la sombra de Chapultepec, se marcó en él más profunda y permanentemente. Y también allí, olvidándose a ratos de sus juegos, y ensimismado sobre las mesas de la Biblioteca Pública, *Los miserables* de Víctor Hugo, *México a través de los siglos*, *El contrato social* de Rousseau, los *Evangelios* sinópticos, la *Electra* de Pérez Galdós, y así otras muchas obras, previnieron y excitaron en él, adolescente ya, la inteligencia y las dudas del mundo en que había nacido.

Pero más que nada, o como cauce y remate de todo, en Veracruz, cuna de las Leyes de Reforma y comunidad todavía entonces embebida en el ideario de Benito Juárez, el adolescente fue adquiriendo para sus ideas la misma soltura espaciosa con que hasta allí se habían expandido sus emociones. La Escuela Cantonal Francisco Javier Clavijero, concebida dentro de la pedagogía de Enrique C. Rébsamen, se le ofreció —era laica a la mexicana; pública y gratuita a la perfección— como la antítesis de su escuela tacubayense. Dejó allí de pronunciar rezos cuyo significado o palabras no había entendido nunca por completo, y, poco a poco, bajo la acción de maestros admirables —tan admirables eran que parecían obedecer a distancia los designios del padre—, fue

aprendiendo a pensar sin trabas la idea de México, la idea del mundo, la idea del cosmos; un cosmos y un mundo que en nada se parecían a los de su catecismo de los años anteriores, un México cívico y civil. Estos dos términos, *cívico*, *civil*, que muchas veces había escuchado en las exégesis paternas, pero que antes no había logrado entender, lo exaltaron más que si hubiesen sido invención suya. Y entonces penetró hasta el fondo de lo que su padre había querido decirle al hablar de Guillermo Prieto como de “un gran liberal”; y sintió la grandeza de Benito Juárez; y se explicó por qué el cielo empíreo, entidad teológica o metafórica, es factor heterogéneo en las especulaciones terrenas del hombre. Pero, sobre todo, se dio cuenta, complacido, de que nada tenía que reprochar a su Mesías, ni a sus Evangelios, ni a sus transportes emocionales bajo la bóveda de San Diego o entre la penumbra del atrio de la Condesa. Porque ahora veía claro —la idea se le iluminó nítida y transparente— cómo la religión no era cosa del César, sino de Dios, y cómo un sacerdocio que se desvirtuaba haciéndose César en nombre de Dios, o aliándose con el César para fines posteradores de lo divino, profanaba a Dios y prostituía a César, y, como tal, era contrario a la verdadera religión y peligroso para la salud de la república.

Arrebatado por todo aquello; seguro de llevar, como la brújula de sus entretenimientos infantiles, un Norte dentro de sí, y ansioso de seguirlo, el adolescente de catorce años se asoció con un condiscípulo, y juntos publicaron un periódico, *La Juventud*, hojita quincenal destinada —no esperaban menos los editores— a influir en las costumbres de su época.

La empresa editorial no duró arriba de cuatro o seis meses, e igual suerte habrían de correr otras semejantes. Pero gracias a esas aventuras, que no por breves o precoces eran menos definitivas dentro de su significado espiritual, el adolescente iba formándose y quedando apto para pisar con pie firme los umbrales de la juventud, esa juventud que propugnaban las incipientes columnas de su periodiquito. Sus directrices más hondas estaban hechas. Podían asaltarle aún, como infinitas veces le asaltaron y seguirían asaltándole y desasosegándolo, dudas e interrogaciones, pero serían las interrogaciones del conocimiento, las dudas de la elección, no las del impulso de la voluntad.

Así lo recibe, un año después, la Escuela Nacional Preparatoria de la ciudad de México, a la que asiste desde el primer día con entusiasmo fervoroso. Porque si de ella no habría de atraerlo ni estimularlo la doctrina filosófica positivista, injerta en toda aquella enseñanza, si lo cautivarían pronto y persistentemente el estudio de las ciencias en la escala comtiana y la actitud varonil de la inteligencia en que aquel ciclo instructivo y formulativo parecía inspirarse. Presentía en todo ello, cuando no lo advertiera definitivamente, una postura mental clara, un método intelectual diáfano, cosas ambas afines con él, que desde niño había aprendido a mirarlo todo a la luz de una atmósfera capaz de comunicar a la propia masa del Ajusco transparencias suaves y entonadas. Se sentía guiado por una inteligencia provisionalmente desentendida de todo

lo que escapara al mero conocimiento de las verdades científicas, universales aunque transitorias en su formulación.

La Preparatoria de entonces, además, era la escuela superior del liberalismo mexicano, liberalismo allí humanístico y amante de cuanto trascendiese a cultura. Sus intérpretes de aquella hora, a ejemplo del esclarecido Justo Sierra, mantenían puro como el agua el surgir bajo la roca el credo de los grandes reformadores de México, pero a la vez lograban que la propensión hacia todo pensar noble y generoso compensara, en parte al menos, el rigor con que doctrinariamente vedaban la filosofía.

Dentro de tal ámbito, el joven estudiante dio cima a los cinco años de sus tareas preparatorias, a par de las cuales, y a solas muchas veces con sus reflexiones, como antes con sus ensueños frente al mar de Veracruz, había buscado calmar en Platón la máxima inquietud de sus ideas, mientras iba acrecentándosele por sus maestros una reverencia que habría de guardarles para siempre. No a uno, sino a todos, les debería el haberlo iniciado en el amor de las ideas claras y en el horror de las nebulosidades con que a menudo se pretendía suplantar el verdadero conocimiento. Algebra y geometría era toda la Preparatoria de aquellos años, y si sus enseñanzas ambulaban por entre abstracciones, éstas no procedían, por cierto, de la sola sonoridad abstracta de las palabras ni de sus denotaciones y connotaciones indefinibles.

¿Apuntaba ya en él una vocación franca y resuelta? Probablemente sí. A los trece años supuso que su destino, a semejanza del de su padre, estaba en el Colegio Militar; pero lo sacaron de su error los consejos paternos, igual que cuantas veces se acercó a pedirlos. Las verdaderas inclinaciones se delinearían después, y en forma muy distinta. Ya adolescente, se situaba dentro de un espejismo histórico: alza un día la bandera cívica que le heredaron otros. Luego se dispuso a convertirse, independientemente de la profesión u oficio que escogiera para ganarse la vida, en un maestro, un guía, un censor. Pero todo eso no era más que presunción imaginativa y calenturienta. Lo que en verdad dio en agujonearlo más cada día, aunque a solas y en silencio, como todo hasta allí, fue una curiosidad general, curiosidad sobre lo inmediato y lo remoto, sobre lo divino y lo humano; y, de hecho, pocas cosas lo detenían tanto como el placer de entregarse al ritmo de lo bello en la contemplación del arte y de la naturaleza, en lo que se ve y se oye y se palpa, o en lo que sólo se intuye en raptos de elevación interior. Esto último se le acentuó al fin de tal modo, que acabó por entregarse, ilusionado, a la idea de poder él asir algún día, remediando sus limitaciones, en lucha con su torpeza, vencedor de su desconfianza, los instantes de lo bello, de lo intenso, de lo emocionante y conmovedor, momentos siempre evanescentes y engañosos, y de llegar a poseer la aptitud de fijarlos en el papel por medio de las letras.

De ser, pues, otra la hora, otro el panorama social y político que la inercia de su actitud íntima le mostraba, la devoción y el ejercicio de las letras

hubieran normado su vida desde entonces. ¿Pero le correspondía a él ponerse al margen del torrente que a la sazón estaba formándose en México? ¿Le cabía inhibirse, contemplativo o creador, de cuanto aquel torrente anunciaba y exigía desde 1906? A otros, evidentemente sí, pues son indiscutibles los fueros que otorga la vertiente de cada personalidad; a él no, y por idéntica causa: porque el ejercicio de esos fueros se convierte pronto en férreo carril de la conducta.

México estaba generando todo un nuevo clima de alcance social y político, y a las consecuencias de ese clima no podían escapar los predispuestos: los señalados material o espiritualmente por la acción de la historia. Porfirio Díaz, aquel semidiós del niño que se asomaba al mundo entre los vergeles de Tacubaya y junto a la maleza del Molino del Rey, se había desfigurado. No era ya el adalid fabuloso, inasequible en sus ortos pero nunca ausente de las emociones patrias; ya no el debelador legendario de todos los sufrimientos nacionales. Se había convertido en hombre de carne y hueso, mientras el dolor popular, de que el niño no tuvo noticia, pero que, rondándolo, había estado ahí, acallado y sujeto al orden, permanecía constante. Ni era ya tampoco el caudillo liberal continuador de la obra consumada por Juárez y Lerdo y Ocampo en Veracruz. De tanto mirarse a sí mismo, y de tanto consentir en que sólo hacia él se mirase, o de exigirlo, se le había enturbiado la idea de su origen y de su razón de ser. No percibía ya la realidad material y espiritual del país a quien gobernaba, sino lo que los años habían pintado sobre la realidad para enmascararla; ni se percataba del imposible de que la vida se anulase manteniéndose inmóvil y que voluntariamente dejaran de existir los resortes sociales herederos de aquellos otros que, al hacerlo a él necesario en su hora, todavía lo justificaban. La ficción y el emblema vacíos habían proliferado y florecido a su alrededor; atentos, él y cuantos tenía cerca, al mérito de las condecoraciones con que se le premiaba su virtud, y con que se interpretaban sus virtudes, habían acabado por creer que las condecoraciones eran la realidad; realidad el aplauso que se las colocaba y se las admiraba en el pecho; realidad lo que de México decían quienes le escamoteaban el poder para usarlo en provecho propio. Una loa había adquirido validez de juicio permanente e indestructible: la entonada por las prósperas colonias extranjeras, que felices de explotar a sus anchas la miseria mexicana, lo cantaban a todo lo ancho de los continentes hasta erigirlo en uno de los grandes constructores mundiales del siglo XIX político, económico y social. Ni siquiera se concebía ya discutible el valor ditirámico del apotegma, tan falso como indolente, que lo declaraba, a perpetuidad, el augur irremplazable de los destinos de México, el recipiente total de las inteligencias nacionales, la suma de las voluntades del país. Y él obraba como si, en efecto, fuese una entealequia objetiva, externa a él, sensible para cuantos él constreñía, su deseo de que nada cambiase, nada se moviese, nada alentase, porque siendo buena su obra, resultaría eviterna.

Que aquello fuera cierto o no, importaba poco. Porque en la esfera política —impulsos, actos, acontecimientos— lo que cuenta como factor no es la ver-

dad; cuentan las apariencias y representaciones, auténticas o falsas, que la verdad toma y con las cuales la verdad actúa; que, a la postre, no otra cosa influye en las voliciones de los conjuntos humanos.

Así fue la realidad ante aquel joven estudiante, ya casi un hombre, que desde sus libros de la Preparatoria, y luego desde las aulas de Jurisprudencia, volvía la mirada, cuándo con inquietud, cuándo con interés, pero nunca sin pasión, hacia el curso que tomaban las postrimerías del régimen porfirista. Dos hechos, minúsculo el uno en apariencia, pero revelador para quien había jurado culto a la libertad, así la libertad se tornase tumultuaria e indomeñable, y limitado el otro a las proporciones de un episodio guerrero, pero dramático y tremendo por sus repercusiones personales, fueron para él los últimos toques en la determinación de su conducta.

Pasó el primero en 1908. A los alumnos de su escuela, y a los de las otras escuelas superiores, se les había ocurrido, próximo el 16 de septiembre de aquel año, conmemorar con discursos callejeros y una procesión de antorchas los fastos de la Independencia. Pero aunque libre del menor pecado, tamaña originalidad de pensamiento no la tuvieron por juiciosa los funcionarios escolares. ¿Recordar a los héroes insurgentes con algo distinto del consabido desfile militar a los ojos de oficiales y jefes, o diverso del tradicional grito nocturno, inofensivo por informe, pese a sus algaradas turbulentas? Él y los demás organizadores del patriótico empeño comparecieron a explicarse ante los directores de las escuelas, quienes, convencidos, contestaron: “No, no hay nada malo en esto, pero tengo que consultar.” Y, en efecto, se consultó con el Jefe del Departamento de Enseñanza Superior, el respetabilísimo Alfonso Pruneda, quien a su vez dijo: “No, no veo razón para que tan simbólico acto no se realice, pero tengo que consultar.” Y se consultó entonces con otro venerado director de la educación mexicana, don Ezequiel A. Chávez, en aquel tiempo subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, quien también respondió: “No, no descubro motivo para oponerse, pero tengo que consultar.” Y fue y consultó con el ministro, don Justo Sierra, gran amigo de los jóvenes, con quien también fueron a explicarse los organizadores, a los cuales él les dijo: “Muchachos, les asiste la razón, pero tengo que consultar.” Y ocurrió así que Justo Sierra, maestro de todas las generosidades y libertades del espíritu, auscultador del alma libérrima de su patria, hubo que consultar con el Presidente de la República si podían o no considerarse lesivos del orden y la paz reinantes en el país los discursos y la procesión de antorchas que los estudiantes querían dedicar a los héroes de la Independencia. Pero todavía hubo más. Don Porfirio, algo receloso al notar la simpatía de su ministro hacia unos jóvenes dispuestos a meter ruido, resolvió decidir por sí solo y con pleno conocimiento de causa. “Tráigame usted a esos muchachos —contestó a don Justo—, para que hable yo con ellos.” Por donde una mañana luminosa, mañana azul y de sol, don Porfirio Díaz recibió en la terraza del Castillo de Chapultepec a los organizadores de la manifestación patriótica.

A él, que nunca había visto de aquel modo al héroe de su infancia, frente a frente y estrechándole la mano, lo empavoreció al pronto contemplar a medio paso la figura que, niño, había aprendido a concebir como el *súmmum* de la grandeza encarnada en un hombre: su emoción fue sólo comparable a la que tuvieron los griegos al ver tendido en el polvo el cadáver de Héctor. Riguroso y solemne, *sugeridoramente* vestido de negro, delante de él se erguía don Porfirio Díaz con imponente dignidad. Pero el pavor se le desvaneció pronto, porque tanta era la compostura y tanto el esmero visibles en aquella persona, que hasta las arrugas del charol de los zapatos, altos y de una pieza, le dieron la impresión de ser artificiales.

Uno a uno, sus compañeros y él fueron exponiendo los motivos y la intención del acto cívico que proyectaban, tras lo cual don Porfirio, que los había oído con escrutadora atención, consintió en lo que le pedían, mas no sin una advertencia. “Muy bien —les dijo—: hagan su desfile y digan sus discursos; pero tengan cuidado, mucho cuidado; porque hay en este pueblo atavismos dormidos que si alguna vez despiertan, no surgirá ya quien sepa someterlos.”

Al salir de aquella entrevista, todos iban gozosos. Pero meditando él después sobre las palabras, de entonación casi hierática, que había escuchado, pensó para sí: “Los atavismos mexicanos que por orden de Porfirio Díaz no deben salir del sueño son el ansia que la nación siente por encontrarse a sí misma.”

El otro suceso le aconteció el 29 de diciembre de 1910, a los treinta y nueve días de iniciarse el movimiento armado contra la dictadura porfirista. Herido su padre, que era coronel del ejército federal, en el Cañón de Malpaso, donde peleó heróico y en condiciones innecesariamente adversas, fue llevado a Chihuahua, y allí, en el último diálogo, poco antes de morir, habló de esta suerte al hijo: “Dispuso el general que saliera yo a batir a los alzados, sin tomar en cuenta que mi batallón, deshecho en el desastre ferroviario de Sayula, casi no tenía más que reclutas. Para que me entiendas: en el tren íbamos enseñando a la tropa el manejo del fusil. No obstante, tan fácil se creía la victoria de mis pobres soldados, que algunos señores chihuahuenses —son de lo más ricos— me trajeron fotografías de los jefes rebeldes. «Así —me decían al dárme las— sabrá usted si éstos están entre los prisioneros que coja y los mandará fusilar, pues la mala yerba hay que arrancarla de cuajo».” Y añadió en seguida: “A propósito. ¿Dónde dejé esas fotografías? ¡Ah, sí! en el cofre aquél. Cógelas y guárdalas tú... Y oye: no creo que ésa sea la mala yerba...”

Tales fueron las últimas palabras que le oyó: palabras de absoluta sencillez y naturalidad, y claras y definitivas en su intención como todas las que le había escuchado siempre; palabras dichas sin énfasis ni amargura, y sin que la emoción que las estaba dictando se trasluciese en una soía de sus sílabas.

Cinco meses después tomaría él parte en las turbulencias maderistas de la ciudad de México, las que el 24 y el 25 de mayo de 1911 dejaron no pocos muertos y heridos en el Zócalo y en la avenida Juárez; y de ese modo dio entrada en su vida a la política y, con ello, tinte definitivo a sus actividades de intelectual y escritor.

Lo primero, del orden práctico, no tuvo mayor importancia que hacerlo abrazar una carrera diversa de la que se proponía. Lo segundo fue mucho más allá: lo forzó espiritualmente, metiéndolo por una senda de la que no podría escapar nunca. Porque de allí adelante —y eso duraría cinco, diez, quince años— sus pasos y vicisitudes de revolucionario y político lo pondrían en contacto con todo un mundo de posibilidades literarias, mundo que, al abrirsele hacia tal perspectiva como el propio de él, lo confirmaría en su idea de que nada era superior al empeño de dar vida artística a las esencias y contemplaciones del hombre, buenas o malas; pero mundo también que, espectador él y a la vez actor, le crearía estados de conciencia destinados a reflejarse en su obra, si llegaba a intentarla. La Revolución y la política habrían de mostrársele como un escenario de figuras alternativamente hombres y agonistas, personas de la realidad de cada día, que lo abarcaba a él junto con los otros, y personajes enmarcados ya en los cuadros de la historia, que su mano debía guardarse de tocar temerariamente.

En realidad, inequívoca la Revolución como mandato para su comportamiento de aquella hora, se mudaba en interrogación trágica tan pronto como intentaba pasar del acto a la idea. No conseguía poner de acuerdo, con las verdades que estaba respirando, ni su conciencia patriótica sobre lo inmediato y actual ni su concepto histórico de México. Y si sufría por lo uno, lo otro lo angustiaba. Porque, en cuanto a lo actual, le servía de contrapeso la evidencia de lo que México había sido moralmente bajo las fuerzas sociales y políticas que trataba de aniquilar la Revolución: un México de brutalidad e injusticia para los inermes y los débiles; un México en el cual no siempre perpetraba el despojo, o el atentado, o el crimen la mano que habría de aprovecharlos, lo que añadía a lo inicuo más iniquidad: la de la premeditación, la hipocresía y la ventaja. Pero semejantes valoraciones relativas no lo apaciguaban; las quería históricamente absolutas, conforme a la exigencia de su sensibilidad más íntima. El punto era éste: ¿Cómo se reflejaría la imagen de la Revolución, cómo las de sus hombres, en el espejo de la historia mexicana? ¿Sería posible limpiarlos de sus impurezas —a ella y a ellos—, y aun de lo que en algunos caudillos, quizás los más salientes, se señalaba como verdaderas deformidades? ¿Se les podría abrillantar hasta hacerlos dignos de lucir, creadores de un México nuevo, con las mayúsculas de oro que en los tableros patrios recuerdan a los héroes mayores? ¿O había él de convenir, para oprobio de todos, en que era la insensatez, era el crimen, era la infamia, quien traía a México el bien, mientras la virtud se ponía a salvo de los peligros, incapaz de alcanzar y procurarse lo que el mal estaba consiguiendo? Porque no ignoraba que lo más inteli-

gente y culto del México de aquellos días fallaba inflexible contra toda la Revolución y todo lo revolucionario. Pancho Villa, por ejemplo —hombre el más condenado verbalmente y en idea—, no era, según los dirigentes de la sociedad mexicana de entonces, más que un *bandolero*, un *vulgar salteador de caminos*; y, sin embargo, él había visto a Pancho Villa ganar las grandes batallas que harían posible el triunfo de la Revolución. Emiliano Zapata, el otro predilecto de los juicios condenatorios inapelables, era sólo el Atila del Sur, un devastador, un degollador insaciable en sus atrocidades; y, sin embargo, a él, Zapata se le aparecía como el sostenedor, único durante años y contra la furia de todo un régimen social en armas, del principio revolucionario que luego se consideraría básico e intocable. Y la pregunta se le venía rápida al pensamiento: si esas enormes tareas, irrealizables sin el concurso de una aspiración nacional, quedaban encomendadas a los bandoleros, ¿dónde había que ponerse para estar al lado de los hombres de bien? ¿O es que hacía falta el mal para la obra, mal que, entonces, no debía ser denunciado, sino glorificado?

¡Hondo problema, por las dudas morales que le suscitaba, y grave por las consecuencias que habría de tener en su posible obra de escritor! Porque desde esa hora su urgencia de convertir en valores literarios lo que había visto y vivido en la Revolución tropezaría con el preliminar, insoslayable, de contestar la pregunta que lo atosigaba: Habiendo estado cerca de aquellos hombres, habiéndolos conocido en toda su desnudez y a la Revolución en toda su crudeza, ¿le era lícito intentar pintarlos, en lo que de individual tenían los unos y la otra, con trazo equiparable, por su propósito estético a la grandeza de la propia aspiración revolucionaria, que él había hecho suya? Y en torno a la necesidad de darse una respuesta afirmativa habrían de girar sus cavilaciones de varios años.

No le fue fácil disipar sus dudas, entre otras causas porque, a su entender, el asunto no admitía un análisis superficial. El solo planteamiento de la cuestión anduvo siempre muy lejos de presentársele con la nitidez simplista que después le daría, diciendo: "Si los principales autores de la Revolución no hubieran sido tan defectuosos como fueron, la Revolución no habría llegado a ser lo que es." Porque para hablar de tal modo, le faltaba el concurso de un imposible: que la materia revolucionaria, vista por él directamente y en su estado nativo, no hubiese chocado con las definiciones patrias recibidas por él, como en quintaesencia, a través de la alquimia de la historia. Hubo, pues, de someterse a una prolongada suspensión del juicio, para no absolver a ciegas ni caer en la retractación de su entusiasmo de otros días, o en la negación de su propia conducta, o en el desconocimiento de lo que antes reconoció.

En su primer destierro —el que duraría cinco años después del triunfo de Carranza sobre Villa— acomete un ensayo de coordinación histórica y política nacional, pensando que así ha de revelársele la virtud unificadora de lo mexicano en el curso de su evolución, y que a lo largo de esa hebra podrán engar-

zarse, con igual resplandor que los hechos y los hombres de 1810 a 1821 y los de 1856 a 1867, los de 1910 a 1915. Pero fracasa en el intento, en parte por incapacidad, y en parte porque lo esteriliza el ver convertirse en ideas, imágenes que lo cautivan como hombres y en diagramas y especulaciones teóricas, hechos que para él viven como acontecimientos. Luego necesita asistir a la declinación del carrancismo, que observa distante; y de nuevo en su patria, ha de volver activo a la política, y de ésta otra vez al exilio, para intentar el camino opuesto: hacer, con miras a lo que busca, el retrato de sus hombres y la pintura de sus escenas, urdidos los unos con las otras y tramando todo mediante un procedimiento tal que, dando unidad al conjunto, y librándolo de ser historia, o biografía, o novela, le comunique la naturaleza de los tres géneros en proporción bastante para no restar fuerza al principio creador ni verdad sustantiva a lo creado. Pero esta otra senda, aunque grata por las posibilidades literarias, y satisfactoria por las realizaciones, tampoco le resuelve el problema de fondo, antes se lo agrava; porque interpretada así, la Revolución no se hace justicia a sí misma, con ser histórica y artísticamente ciertos los elementos primordiales de la pintura.

Entonces, a la vista de sus dos intentos fallidos, es cuando comprende que para entender y sentir al México revolucionario con toda su trascendencia moral y bajo su verdadera luz, no necesita barajar conceptos políticos o leyes sociológicas, ni ver a los protagonistas en algunos de sus hechos aislados, así sean proezas fantásticas o intimidades candorosas que los retraten fielmente en el momento elegido. La cabal respuesta a cuanto se pregunta la encontrará siguiendo en su vida, en sus móviles y en las consecuencias de sus motivaciones y su carácter, a quienes hicieron la Revolución y la personificaron según los conoció él, pues ello equivaldrá, al menos en su concepto, a la depuración derramada por los siglos sobre las otras etapas afirmativas de la historia mexicana, igual que acontece con la historia de cualquier pueblo y a despecho de las debilidades que a todo hombre aquejan.

Y no se piense por esto que a lo largo de sus lucubraciones se le hubiera escapado la idea de que la Revolución, considerada en su totalidad de hecho histórico y como suceso despersonalizado, no requería justificaciones éticas. Si había acontecido, era porque tenía que acontecer, y si se había mostrado bajo ciertas modalidades, era porque éstas le correspondían. Ni se le ocultaban tampoco muchas generalizaciones históricas, cada una suficiente, con su mero enunciado, a dejar a la Revolución Mexicana limpia de toda culpa con respecto a sus medios. Le bastaba para ello volver los ojos a tres o cuatro de los principales fenómenos sociales que habían cambiado la vida de una parte de la humanidad, como la erección del imperio romano, base política de la cultura de Occidente, o la sacudida bárbara reanimadora de la civilización cristiana, o la constitución del imperio católico español, o la formación de la anficiónía económica que habla inglés; junto a todo lo cual, los peores extremos de la Revolución de México le parecían tan veniales como reducida su órbita dentro de la historia de las concentraciones y las dispersiones del hombre.

Mas no era ése el caso suyo. A él, que había andado en la Revolución, y quería convertirla, *sin trabas morales*, en tema de una obra literaria, no le bastaba mirar en perspectiva el hecho revolucionario y sentirse allí partícula de generosidad o de miseria, de justicia o de dolor. Buscaba el conocimiento profundo de su conducta y la tranquilidad de su conciencia como coautor de actos revolucionarios y como compañero, lejano o próximo, de los protagonistas de aquellos actos, aun cuando se tratara de los peores conforme a las valoraciones comunes y corrientes. Para él, la evidencia inmediata —que, activo y participe en lo bueno y en lo malo de la Revolución, no podía desconocer ni disfrazar— eran los individuos, las personas entre quienes se había movido, y con quienes había actuado y vivido y convivido, así como las acciones cotidianas de esos hombres en lo que tuvieran de públicas y notorias. Y nada de lo que cerca de ellos vio lo había hecho variar de conducta hacia la Revolución ni hacia los revolucionarios, antes lo había mantenido, respecto de ella, invariablemente en el fervor, y respecto de ellos, consecuente en la comunidad o en la intimidad, cuando no en la subordinación y la obediencia. ¿Cómo, pues, cohonestar en su pensamiento, con el hecho de sentirse enrolado para una causa orientada hacia el bien y emprendida en nombre del bien, que no lo apartaran de ella los innumerables actos y sucesos que parecían ponerla en manos aparentemente sólo dispuestas a complacerse en el mal? En otros términos, necesitaba, para no ser una contradicción ante sí mismo, explicarse la existencia y la grandeza de los Pancho Villa y de los Emiliano Zapata —los dos revolucionarios más característicos—: pero explicárselas no como fatalidades históricas a la vez deplorables y útiles, sino como algo que lejos de resultar, en su concreción íntegra, opuesto a la idea de México, era plausiblemente concebible dentro del marco mexicano, concebible en la forma de grandes personalidades cuya aparición no requería disculpas individuales ni nacionales, ni tenía por qué suscitar rubores, antes estaba en armonía con lo máximo que México había dado de sí.

Tal explicación, por supuesto, no debía esperarla de estudios psicológicos ni de racionios sobre la diversidad de los tipos humanos sin cuya jefatura son imposibles las grandes *conmociones transformadoras* de los pueblos. Se la daría el camino directo: emprender de nuevo la senda de la Revolución, sólo que ahora imaginativa y literariamente y desde el interior del alma de los principales personajes revolucionarios, o del principal de ellos por lo más discutido, o por lo más difamado en nombre de la verdad o la mentira, o por lo más abominado con razón o sin ella, pero con tal que fuese indiscutible por la grandeza de sus hechos. ¿Y quién mejor que Pancho Villa, en el cual veía él converger todos esos caracteres y otro más: que no habiendo salido Villa vencedor en la lucha interna por el botín de la Revolución, eso lo dejaba *sin amparo* frente a los juicios que le armaban todos? Era, pues, la figura de Pancho Villa la que tenía que poner otra vez en acción, a Villa a quien debía recrear, elaborando con lo eventual y transitorio de su existencia efectiva valores estéticamente necesarios y permanentes, y quedarse entonces con esa verdad, que sería in-

conmovible en las proporciones en que la lograrse, porque toda verdad literaria es una verdad suprema que vive por sí sola.

Procediendo así, la inteligencia del drama revolucionario —como la de todos los dramas— se reduciría para él a la razón de ser de los personajes; y si el papel de éstos aparecía grande en la Revolución, bastaría eso para que él los declarase insustituibles e indiscutibles en su grandeza, y para que los colocara en la perspectiva histórica de la patria —gracias a una especie de catarsis— sin necesidad de juicios absolutorios o apologías ensalzadoras. Porque para él, toda grande obra que se consumaba gracias a los recursos de una personalidad, elevaba los recursos de la personalidad a la categoría de la obra y redimía a la personalidad de sus aparentes imperfecciones, fuesen las que fueren; lo que lo autorizaba a creer y a decir que ninguna de esas imperfecciones, o flaquezas, o deformidades, era entonces anatema para negar a nadie, ni para privar a nadie, por un supuesto decoro histórico, y para tranquilidad de los enamorados de una patria ficticia, de lo que en verdad se hubiera hecho y en verdad se hubiera sido en la patria auténtica. Más bien al contrario: de allí podría partir, apoyándose, por ejemplo, en el caso de Pancho Villa, a la formulación de ciertas conclusiones de valor histórico. Aceptaría ésta desde luego: que la Revolución Mexicana no hubiera podido ser obra de hombres sólo idóneos para el mejor desenvolvimiento de un orden establecido, hombres morigerados por definición y apegados a la permanencia tranquila de las costumbres. Se profundiría esta otra: que, biológicamente, parecían ser inseparables la gran vitalidad que en muchos individuos es productora de las vehementes virtudes de la acción o de la creación, y cierto desenfreno en el móvil individual regulador de la conducta, desenfreno que choca con las normas de templanza que la mayoría, sin dotes extraordinarias para nada, posee por idiosincrasia, practica por falta de nervio o finge por ausencia de valor. Se haría esta reflexión más: que la Revolución Mexicana no procedió iluminada por una preparación ideológica, sino que había surgido desde lo más hondo de los atisbos o adivinaciones de lo que se llama instinto, y que, naturalmente, a los más instintivos, a los menos transformados por la educación y la cultura, quedaba reservado hacer en ella lo que no era obra de cultura ni de civilización. Se le ocurriría también: que eso explicaba cómo los antecedentes sombríos, primitivos, montarares de un Pancho Villa —en lucha desde siempre con la sociedad— fueron factores inherentes a la personalidad trastrocadora de quienes traerían un México nuevo, por lo que resultaron indispensables los caudillos y guerreros ignaros, sin cuyo concurso no habría venido el desquiciamiento nacional preparatorio de los logros de la Revolución. Se diría asimismo: que sin esos hombres, encarnación viva —porque en su sangre la traían— de la ineficacia social que los había producido, la aspiración idealista y superior de los revolucionarios por apostolado, por concomitancia, por moralidad o por rebeldía —la de los Madero y los Felipe Angeles, la de los Carranza, los Obregón y los Alvarado, la de los Diéguez, los Sarabia, los Villarreal— no habría llegado a imponerse tomando sustancia y forma. Y llegaría a esto último: que todo ello hacía pensar

como en un antecedente predestinado, según lo calificarían los adeptos de la historia providencialista, en los siglos de injusticia y maldad sociales que se habían necesitado para producir un Pancho Villa, fenómeno cuya elocuencia pasmosa advertía él con sólo considerar el caso insólito, y hasta único, de los atributos personales de Villa. Porque estimaba ya extraordinario el hecho de que habiendo crecido Villa en la miseria y la ignorancia más absoluta, y habiendo tenido que ponerse desde la adolescencia en lucha con la sociedad y convertirse en bandolero por obra de sus desgracias, hubiera sido capaz de subsistir así en espera de que algo le deparase otra suerte; y se admiraba de ver cómo Villa, al unirse al maderismo, no sólo se había librado de la existencia que traía, sino que supo llegar a ser pronto, por la intuición y los frutos de su genio militar, el primero entre los generales revolucionarios, al punto de concitarse, no obstante su apego a los anhelos populares más generosos, la malquerencia de quienes, para acabar con él, fingían no entenderlo; y se asombraba, finalmente, de que, a la postre, Villa hubiese tenido que combatir con el ejército de Carranza por una parte y con el de los Estados Unidos por la otra, sin sentirse vencido nunca, ni desfallecer, abroquelándose incluso con sus heridas, y sin dejarse atrapar o matar por ninguno de los veinticinco mil hombres que andaban cazándolo con la consigna de capturarlo vivo o muerto.

Desventuradamente para los propósitos del escritor, lo más impetuoso de la vida, y quizá también de su entusiasmo, se le había ido en aclarar estados de conciencia y en abordar por fracciones, y en forma de tanteo, una obra que sólo se habría realizado con toda plenitud emprendiéndola desde un principio con la visión y el brío que da el ánimo artístico cuando no le estorba nada ajeno a su naturaleza. Y le había acontecido algo peor: que ese mismo imperativo que lo forzaba, no por vocación, aunque más irresistiblemente que una vocación, a engolfarse y consumirse en las fortunas y adversidades de la política, traducida con frecuencia en afanes periodísticos, vendría obligándolo a diferir, siempre de un día para otro, la ejecución de los empeños suyos: los de las letras puras y simples. De ello, tal vez, lo habría librado el descubrir a tiempo cómo la dualidad de su actitud, nacida de una aparente divergencia de solicitudes, no eran en el fondo más que una sola y misma cosa, capaz, por tanto, de expresarse en una sola y misma forma, pero esto, tan claro para él posteriormente, no supo verlo en hora oportuna.

Señores académicos: Temo haber apurado vuestra paciencia, si bien no dudo de que me perdonaréis en gracia a la espontánea sinceridad de mis palabras. ¿Qué quizás holgaba mi larga exposición? Posiblemente. Mas no me tomaréis a mal que, dándome a conocer más allá del punto en que, para mi honra, ya me conocíais, haya querido disipar en vuestro ánimo, por si la hubiere, cual quier duda acerca de la claridad de mi intención en todo cuanto hasta aquí he hecho, o en lo futuro haga, entre vosotros. He querido mostraros que dentro de la Academia, entidad no baladí para las actividades culturales mexicanas, mi conducta ha respondido siempre a lo que pienso y siento acerca de México,

y que si a veces, obrando así, os he alterado, no ha de atribuirseme a capricho o arbitrariedad ni, menos todavía, a que me anime algún demonio perturbador. Notad que así como dentro del curso central de mi vida no he podido convertirme, por inducciones incontestables, en el escritor sólo literato que a mí me anunciaba mi vocación, de igual modo, en mis actividades académicas, he debido ceder a veces al influjo de esas mismas causas; peripecia, esta última, que no ha de lamentarse. Yo al menos, candorosamente, la doy por bienvenida, pues no deja de halagarme una cosa: que siendo aquí el último casi en todo, y muy particularmente en los merecimientos, no esté ni con mucho a la zaga como el suscitador de las inquietudes que han traído cierta novedad a nuestra organización corporativa. Aludo a la revisión y transformación completa del estatuto que rige las relaciones entre las diversas academias del habla castellana, punto, lo recordaréis, sobre el cual insistí, y por el cual batallé hasta la borrasca, aferrado a mi actitud de que siendo México un país independiente de España, su academia no debía existir como un apéndice colonial de la Academia Española. Me refiero también a la modificación de algunos de nuestros artículos estatutarios, y particularmente a la de uno de ellos: el que en sus términos anteriores suponía cierto desvío del espíritu y la letra de las Leyes de Reforma, el venerable cuerpo jurídico agregado a la Constitución Política de México nada menos que por uno de los académicos más insignes, “el ilustre presidente liberal mexicano don Sebastián Lerdo de Tejada”, conforme dice con acierto y justicia, en su reseña histórica preliminar, nuestro *Anuario*.

En fin, heme aquí, con vosotros y ante vosotros, y tal cual me elegisteis: ni gramático o erudito laborioso y sabio, aunque los secretos de mi idioma y el conocimiento de su literatura me cautiven, ni hombre de letras como me hubiera gustado ser: entregado día y noche a la obra del arte por el arte mismo. Soy apenas un aprendiz de escritor y de novelista, siempre atenaceado en esto último por las categorías, vivas y prontas a manifestarse, que me definen como un mexicano abierto a las resonancias de todas las horas positivas de mi nacionalidad, y que me gobiernan con el rigor de un credo cívico porque, para mí, son un credo en el cual se identifica mi patria, y se honra y se enaltece. Creo, con infinita reverencia y ternura hacia la rama vencida en el origen de mi estirpe, en el genio político de Hernán Cortés y en la pureza evangélica de los primeros frailes, que subieron hasta la altiplanicie de la Anáhuac; creo en las virtudes ejemplares, casi telúricamente primigenias, y en el estoicismo y la sensibilidad, de la raza que halló expresión sin paralelo —suplicio y dolor que evocan para contraste el encanto de las flores— en la ordalía de Cuauhtémoc; creo en la fecundidad de la madre España, preconizadora del concepto universal del hombre, creadora de naciones allí donde la codicia del colonizador pudo no dejar ni rastro de los pueblos sometidos; creo en la grandeza de los mártires que hicieron la independencia de mi patria en acatamiento a un idealismo dispuesto al sacrificio, no por las conveniencias de un oportunismo egoísta y turbio; creo en la obra de los reformadores mexicanos, a quienes

debo el haberme vuelto tan respetuoso de la idea de Dios, que no me atrevo a pensarla en voz alta, ni menos a sacarla a la plaza pública y cometer allí la irreverencia de darle forma a imagen y semejanza de mí mismo, y creo, por último, en la ejemplar devoción de cuantos supieron ofrendar su vida por la integridad y el bien de la tierra mexicana y por mantener incólume la noción del deber, adalides immortalizados unos por el recuerdo, héroes anónimos otros, de quienes sólo queda, tenue, el polvo que pisamos.

Bien pudiera deciros, al acogerme hoy a vuestro reposo, que no vengo de las aulas ni de las bibliotecas, sino del trajín de la calle; pero acaso sea más exacto y justo que me recibáis como a viajero, ya un poco fatigado por los embates de un vivir ardiente, que ha avanzado hasta aquí después de recorrer con los latidos de su corazón los caminos históricos de México, ásperos aunque luminosos.

Martín Luis Guzmán **La evolución de su prosa***

La caída del imperio de Maximiliano y el triunfo de Juárez y de la causa liberal marcan la iniciación de una posible independencia espiritual y cultural de México. Quedaron atrás, cuando menos en su ostensible vigencia, una serie de prejuicios religiosos y un conjunto de restricciones a la libertad. Con el establecimiento de la escuela laica y la preponderancia de la filosofía positivista, implantada con anuencia de Juárez por los maestros Gabino Barreda y Porfirio Parra, los restos de la escolástica desaparecieron del ambiente intelectual, especialmente del campo universitario. Fue este el anuncio de una realidad que estuvo a punto de crear las bases de la auténtica renovación de los valores nacionales.

Estas modalidades hubieran podido ahondarse en la conciencia del pueblo, si no se instituye la larguísima dictadura de Porfirio Díaz, que abarca el último tercio del siglo XIX y la primera década del siglo XX. Díaz —antes liberal— fácilmente se transformó en conservador y dio cabida en su gobierno, precisamente a los representantes de la aristocracia, de las viejas familias y de los sujetos enriquecidos en la explotación del hombre y de la tierra. El positivismo en manos de esta casta oficial cambió de espíritu y hasta de nombre. La intuición

* En *Antología de Martín Luis Guzmán*, Ed. Oasis, México, 1970.

popular no tardó en llamar científicos a estos próceres del porfiriismo. Todo se hacía a nombre de la ciencia: desde las maniobras del fisco hasta el despojo más descarado. El dictador gobernó para favorecer los privilegios económicos de esta clase. El positivismo cambió de propósitos. Todo esto sucedía hasta que surgió la Revolución de 1910.

Los pueblos fatalmente evolucionan, se cansan y adivinan horizontes más propicios para su vida. En las postrimerías de Díaz, entre 1908 y 1909, se funda el Ateneo de la Juventud, empieza a trabajar la primera Universidad Obrera y se instituyen núcleos políticos con ideas de renovación e impulsos antirreleccionistas.

La filosofía, las bellas artes, el pensamiento nacional y la literatura se escinden en dos ramas: una cae en un espiritualismo que ha de ganar fáciles adeptos entre viejos y jóvenes, y otra intenta, titubeante, ahondar en las raíces de la cultura propia y entrañable.

Empiezan también los movimientos obreros y campesinos contra las castas que la dictadura había respaldado de manera ostensible. La lucha cobra violencia y, por momentos, adquiere tintes de heroísmo. Se suceden las huelgas y los levantamientos. Todos los actos de resistencia o de rebeldía son sofocados a sangre y fuego. El régimen no supo escuchar las protestas que dondequiera empezaron a tomar cuerpo. Para los científicos, Díaz era un ser incommovible y eterno; cuando menos —según decían— había presidente para cincuenta años más. Su símbolo estaba en el Castillo de Chapultepec.

Pero bajo el brillo social, entre los arneses de plata y las bayonetas pulidas ya estaba viva una nueva conciencia nacional. No se apagaban los fuegos artificiales de las fiestas del Centenario de 1910, cuando en Puebla, en noviembre del mismo año, tenía lugar el brote de la Revolución. Poco duró la lucha: en 1911 el dictador se exiliaba y surgían nuevos hombres y nuevas ideas políticas, sociales y culturales. Sin embargo, es preciso advertirlo enseguida: muchas ideas surgieron o quisieron surgir, pero pocas lograron madurar y fortalecerse.

Era confusa la existencia de los nuevos valores. Los flamantes gobiernos sufrieron —como es lógico— los vaivenes producidos por el choque de intereses, de ambiciones, de doctrinas y (lo que es más dramático) por la sobrevivencia del espíritu conservador y eclesiástico del tiempo viejo. La Revolución no había llegado al poder con un programa; apenas si en la Constitución de 1917 esbozó el más noble de los propósitos que acariciaban sus mejores hombres.

Al lado de los más nobles principios de innovación, el pueblo advierte formas caducas que sirven para garantizar la permanencia de los restos, de las ruinas del tiempo pasado. La Revolución no pudo, no quiso o no acertó a destruir los estorbos que le salían al paso para completar su obra.

Estas contradicciones en el camino de la Revolución son el resultado de la falta de unidad en el proceso de nuestra cultura. Por eso —ayer como hoy— de nuevo se confrontan formas e ideas atrasadas e impulsos de renovación humana y técnica. A veces parece que está a punto de reinstalarse el Tribunal de la Inquisición o que se desata, lleno de ira, el látigo de Robespierre. *La querrela de México* que Martín Luis Guzmán glosó en 1915 aún tiene vigencia. Su previsión es admirable.

Y así es. La Revolución, acaso sin advertirlo, ha permitido la sobrevivencia de valores arcaicos y la aparición de otros capaces de la más amarga simulación, y también, como es natural, la renovación auténtica de la cultura que el pueblo ha ido amasando entre sueños, leyendas y sacrificios.

El proceso de nuestras letras no ha sido expedito. Siguió los vaivenes propios de un pueblo joven que no acaba de descubrir su esencia ni sus cabales formas de expresión. Por esta debilidad incipiente, unos se doblagan a las influencias extrañas que, a la postre, lejos de favorecer el ahondamiento de las vetas originales, incitan a una continua calca sin mirar si es adecuada o perjudicial al proceso que anhelamos. Los ojos del escritor se tornan más volubles que firmes. Se hacen más atentos al viento que sopla y nos trae, por los caminos del horizonte, los modelos que se incuban más allá de los mares. Así se olvidan las raíces que, en silencio, desde antaño, alimentan y sostienen nuestro humilde despertar. Se olvida que toda técnica es buena y utilísima siempre que no estorbe nuestro natural crecimiento espiritual. Como dijo Torres Bodet: "Ningún arte es válido si actúa de espaldas al pueblo."

Por incorporarnos a las corrientes que llegan, olvidamos los impulsos del pueblo, la savia que nos sostiene en nuestra historia. Los desvíos que se cometen y hasta los fracasos que se padecen no impiden la presencia de algunos escritores que, desde antaño, luchan por nuestro cabal desenvolvimiento.

La novela de la Revolución es un ejemplo de esta presencia renovadora. Es el resultado del impulso modesto y hasta dulcemente torpe de nuestra tradición literaria. La crítica oficial la ignoró por mucho tiempo. Pasó inadvertida para los censores de las letras nacionales. La teoría del avestruz no es estéril.

Mientras tanto, otros sectores literarios —sobrevivencia del clima conservador y europizante— se ceñían a los modelos importados de última hora. Los poetas simbolistas y parnasianos de ayer eran sustituidos por otras tendencias más o menos estridentes. Los valores estéticos que se asimilaban, con frecuencia eran a costa de nuestros valores nacionales. La novela de la Revolución —con el cuento y el teatro— forma un cuerpo coherente que amerita un análisis literario y sociológico.

Las nuevas artes constituyen como un despertar y un acarreo de los elementos del espíritu de un pueblo que hasta ayer parecía olvidado en sus desiertos y en

lamentable incuria. En este nuevo arte aparece, torpe o lúcida, la vida nacional. Marcó no sólo el rumbo sino también el panorama de los hechos capaces de ser contemplados por quienes los habían creado. Se dejó de lado, de manera temporal, el aire sonrosado y las pelucas que se habían importado. Ahora se hacía presente el olor de la tierra de nuestras huertas y se puso atención a nuestras canciones. Adquirió dignidad el barro que habíamos arrinconado en la cocina de las abuelas. Nuestros campesinos mostraron su idioma y su espíritu de dolor y de gracia. Así aparecieron nuevos paisajes y nuevas formas de expresión. La lengua hablada cobró, como en los tiempos de Lizardi, de Cuéllar y de Ángel del Campo, un nuevo valor estético.

El mundo de la Revolución —cabal o incierto— fructificó en el arte, en la historia y en el renacer de la vida. Es claro que no siempre los hechos reales y los fingidos estuvieron “a la altura del arte”, como quería el poeta. No siempre el artista tuvo habilidad para manejar los materiales recién descubiertos. Es claro que se sufrieron desvíos y se cometieron torpezas. Pero eran los desvíos y las torpezas del que camina. Sólo el que camina avanza aunque caiga y se desplome. Era la buena andadura del que hace su camino y no se queda ocioso a esperar la ayuda del dómine que le adormece con mentiras y cascabeles.

Tal era la vida contradictoria de las nuevas artes que se daban en México: contradictoria en sus fuentes, en sus propósitos, en sus valores estéticos, en su sentido político y social. El arte que podríamos llamar autóctono hizo lo que hizo y no pudo hacer otra cosa. Trabajó a pulso y no esperó remedos de perfección apoyando la mano en calcas ni en recetas. Lo que hizo ahí está, en buena hora, como masa amorfa en la historia de nuestra vida cultural. Pero sus diferentes sectores reclaman ya un análisis detenido de sus valores, el cual debe hacerse con pericia y con moral.

Por lo que respecta a la novela, en la cual está inserta la figura de Martín Luis Guzmán, el problema resulta menos difícil por el largo proceso del género en nuestras letras nacionales, a partir de Lizardi. Este género es casi nuestro y ha sido eje, para su cultivo, en el ancho predio de Hispanoamérica. Su nacimiento y su desarrollo son producto de los hechos objetivos que contempla, vive y también interpreta.

La condición política de su autor explica, desde su raíz, los veneros de su origen, el sentido y el alcance de sus temas. Sin el conocimiento de estos antecedentes no podría explicarse ni su contenido ni, bien a bien, su cabal forma. Martín Luis Guzmán es un caso de tanto relieve que asombra.

Martín Luis Guzmán, desde joven se vincula a la política nacional, en el bando liberal. Empieza entonces a formar parte de los núcleos antiporfiristas. Es parte del movimiento antirreeleccionista; batalló en la prensa de la época y

no se recató para exponer sus ideas y su doctrina. Así empiezan sus relaciones con los políticos que habrán de figurar, con claras o turbias maquinaciones, en el futuro que abría sus puertas. Cuando el asesinato de Madero y de Pino Suárez, salió de México y se incorporó al sector constitucionalista que luchaba contra el usurpador Victoriano Huerta. Desempeñó diversas comisiones en el norte del país y en los Estados Unidos y asistió a la Convención de Aguascalientes, cuyas primeras sesiones tuvieron lugar en la ciudad de México.

Ante la escisión que surge entre los revolucionarios tomó el lado de las autoridades emanadas de dicha Convención, y así quedó, para siempre, frente a Carranza y a sus generales adictos. Cuando, más tarde, surge el delahuertismo —lucha contra Calles y Obregón— sufre las consecuencias de la derrota de su bando y emigra a España donde se radica por varios años y realiza su obra de más consistencia literaria.

Permanece en España durante la segunda República; ocupa altos puestos en la prensa local y trabaja al lado de hombres eminentes. Al caer la República por la sublevación de Franco y la complicidad de los gobiernos fachistas y nazistas, regresa a México y reanuda su vida literaria. Funda la revista *Tiempo* y participa, como director, en la Comisión de los Libros de Texto Gratuitos que patrocina el gobierno de la Revolución.

Gana entonces el Premio Nacional de Literatura, el Premio de Letras Ávila Camacho y recibe el grado de Doctor Honoris Causa de la Universidad de Chihuahua. Se publican sus *Obras Completas* con un estudio preliminar de Andrés Iduarte y una antología —*Un mexicano y su obra*— con prólogo de Ermilo Abreu Gómez.

Estas experiencias —humanas y literarias— de los medios que frecuentó, más las suyas propias lo convierten en tremendo actor y testigo de los sucesos más notables de la época en México y en España. Todo esto tenía que dejarle en el espíritu un caudal de materias vivas que, con su poderosa capacidad creadora, se transfiere en sus obras más notables. Todo vive bajo el signo de lo que es y habrá de ser la Novela de la Revolución.

Su arte como novelista se sitúa en una etapa difícil de explicar. Por un lado le toca vivir en México las postrimerías del Modernismo que algunos llaman Postmodernismo. En estos años de crisis la prosa permanece en la zona de una retórica que pronto fue mal vista y acabó por quedarse en la sombra de las letras nacionales. No merece la pena citar nombres.

Por otro lado su larga permanencia en España le pone en contacto, en el momento culminante, con los hombres de la Generación de 1898. Si nos limitamos a observar el valor de la prosa en ambos medios, llegamos a conclusiones tan claras, tan evidentes que no admiten ni la más ligera discusión. La

prosa mexicana de aquellos años —primeras décadas del siglo XX— apenas si ofrecen muestras de un preciosismo lamentable y de un arcaísmo trasnochado y estéril.

Tal preciosismo, tal arcaísmo, que también lucieron en España, fueron criticados, una y otra vez, por Unamuno, Baroja, Azorín y Antonio Machado.

Martín Luis Guzmán se movió en una zona difícil: la de los retóricos y la de los escritores de más preclara naturalidad. Le fueron familiares las figuras de Baroja, Azorín, Valle-Inclán y los hermanos Machado. Y aun pudo relacionarse con aquellos que estaban más cerca de su edad, como José Ortega y Gasset, Gabriel Miró, Manuel Azaña y Ramón Pérez de Ayala. De todos ellos aprendió lo que debía aprender: el dominio del arte literario, de la técnica de la prosa. A estos nombres es preciso añadir dos figuras mexicanas de relieve, también radicadas en España en aquellos días: Alfonso Reyes y Francisco A. de Icaza.

Este ambiente literario depurado y de tanta calidad tuvo que influir poderosamente en el tono de su prosa. Martín Luis Guzmán, además, aprendió de viva voz, en el trato diario —escritores y pueblo—, la disciplina del buen decir. Así se puede afirmar que sin menoscabo de los elementos propios, diríamos primigenios, tomó en hora oportuna el tono maestro que ha prevalecido en su obra.

En efecto, la prosa de Martín Luis Guzmán se sitúa en el marco estético de su época. Hay en su prosa una solidez, un acierto, un dominio de la forma que convierten su caso, en caso único en nuestras letras. Pero su prosa, al mismo tiempo, revela la indole de su genio, docto en el dominio de un arte en que se pierden las características de toda moda, de toda presión de escuela. Su prosa resulta así el ejemplo que más quería Antonio Machado: la que siendo lo que *es* resulta, de tan libre y cabal, plenamente atemporal. Por eso la prosa de Martín Luis Guzmán es preciso mostrarla en el proceso que le corresponde. Martín Luis Guzmán —como cualquier escritor, aun en la escala más alta— tiene principio, madurez y plenitud. Este proceso va de *La querrela de México* y *A orillas del Hudson*, pasa por *La sombra del caudillo* y *El águila y la serpiente*, llega a las *Memorias de Pancho Villa* y concluye con *Muertes históricas*.

En sus primeros libros —*La querrela de México* y *A orillas del río Hudson*— luce ya la energía —virtud que ha de perdurar en toda su obra posterior—, pero no es cabal, como es fácil advertir, el dominio de la fluidez del idioma; tampoco se define la naturaleza de su estilo personal. En estas obras, las oraciones, con alguna frecuencia, se alargan o se retuercen y se cargan de incisos como en apremiante busca de la expresión del pensamiento o de la emoción.

Acaso esta modalidad sea eco tardío de la prosa, todavía válida en los medios españoles, de los escritores del siglo XIX. *Clarín* es el mejor ejemplo. *Clarín*, por no dejar resquicio a la expresión de sus inquietudes mentales, fatigaba sus oraciones con apartes e incisos casi de tipo latino. Basta leer *La regenta* —novela tan madura como novela— para percibir el cúmulo de incisos que emplea. Hay en estos libros de Martín Luis Guzmán un afán por no dejar pasar una idea sin completa traducción literaria. Cuando se terminan de leer nos admiramos de sus pensamientos, de sus atisbos, de sus doctrinas y hasta de su desesperación ante la cultura apoltronada; bajo la sombra del porfirismo que paga bien la miel y el incienso, advertimos que sus protestas no se detienen ni ante las quiebras del pensamiento adocenado ni ante el arte melindroso que luce en saraos. Conocemos que su protesta no se limita a la política del dictador y sus cortesanos ni a las manifestaciones de la cultura que propicia, sino que va más allá de los límites de esta circunstancia y nos traza el posible sendero para abrir la brecha que necesita nuestra vida nacional.

Es tal el coraje y la certeza de su pensamiento que, al cabo de medio siglo, hoy son vigentes aún las normas que propuso para la renovación apetecida. Estas páginas, por su destreza, por el empuje moral que dio al acervo renovador que trajo al espíritu de la Revolución, quedarán como lección moral permanente. Pero todavía hizo más. Después de cincuenta años repitió, en su *Decálogo del escritor*, la esencia de sus primeros consejos. Tan cierta es la validez de sus observaciones y de su juicio que hoy releemos toda esta doctrina para aprender los métodos de nuestra expresión cabal y justa.

En *El águila y la serpiente* y en *La sombra del caudillo*, Martín Luis Guzmán alcanza el dominio de sus dotes literarias que viven entremezcladas con su capacidad de evocación y de disciplina.

Puede asegurarse que en estas obras no falta ni sobra palabra alguna ni cabal recurso sintáctico. La sintaxis va ceñida no sólo al concierto de las palabras sino también al concierto de las ideas y, lo que es más difícil, a la trabazón elocuente de las emociones y de las intenciones estéticas. Aquí se realiza el ideal clásico que quiere conjuntar la idea con la palabra y el espíritu de la palabra, cosa que no todos los escritores pueden realizar. Aquí vemos que la palabra envuelve y cifra la idea y desaparece y se torna mero recurso de evocación, y queda en el olvido, como un cristal traslúcido que enmarca lo que evoca.

Cuando acabamos de leer una página de estos libros, podemos reconstruir las escenas, los episodios, los diálogos, los paisajes, pero resulta inútil revivir la forma literaria. La maestría de Martín Luis Guzmán consiste en que su prosa es un recurso para llegar, de modo fulminante, al mundo que evoca. Así alcanza la máxima perfección. Su prosa queda reducida a un toque mágico que determina el valor del mundo evocado.

Esta prosa, además, carece de sonido; o bien su sonido es tan inaudible, tan tenue que lo acabamos por olvidar. Vibra silenciosamente en nuestra vida y en la vida que desfila ante nuestra conciencia.

Pero la plenitud de la prosa de Martín Luis Guzmán aparece en las *Memoorias de Pancho Villa*. y es de lamentar que tengamos que repetir aquí algo de veras ocioso pero que se ha esgrimido una y otra vez como defecto de tal prosa. Se dijo que el idioma de esta obra nació muerto por artificial, por fingido, porque era inexistente en nuestro medio, porque no correspondía a ninguna realidad lingüística.

Tal aserto carece de validez objetiva y de sentido crítico. El lenguaje artificial que, en mala hora, han empleado, en todo tiempo, algunos escritores, procede del empeño de repetir la forma escrita de otros escritores situados, de preferencia, en el pasado. Tal fue lo que hicieron los escritores que trataron de reconstruir un supuesto lenguaje hablado de los siglos renacentistas. El lenguaje que trataban de reconstruir no correspondía, como advirtió Alfonso Reyes, a ningún lenguaje real porque ignoramos cuál fue la realidad de aquel hablar, en aquellos tiempos lejanos. Se cayó en el cómodo artificio del *habedes*, del *tenedes*, de los *fijosdalgo*, de los *visorreyes* y demás zarandajas de que se burlaron en su hora Alfonso Reyes y Genaro Estrada.

Pero tal moda nació y desapareció con tranquilidad y desenfado del mundo literario. Desapareció y no volvió a aparecer en las manos de sus antiguos cultivadores, salvo alguno dislocado de la pluma y del caletre. Fue aquel un mero y fugaz artificio. Aquí sí cabe decir que se trataba de un lenguaje falso, condenado a segura muerte bajo el sol y los vientos de la realidad.

Pero no puede ser artificio, ni *pastiche*, ni remedo las formas literarias que se alimentan de la vivísima y presentísima forma coloquial de un pueblo o de una región. ¿Cómo llamar *pastiche* al sabroso y audible lenguaje de los gauchos de la Argentina? ¿Quién será el valiente que ponga tilde o reparo a José Hernández porque escribió su *Martín Fierro*, ya que su lenguaje hablado es de ayer y de hoy y muy de hoy? Tal lenguaje se oye, se palpa, se recuerda en las pampas de su viejo cariño. Tal lenguaje está en el campo, por ahí corre y por ahí se asienta para decir sus canciones, sus penas y sus glorias. Todo este lenguaje palpita con tremenda veracidad por aquellos pagos. Es el mismo lenguaje vivo que otros muchos escritores han fijado en las páginas de sus libros, Lugones, Florencio Sánchez, Jorge Luis Borges.

Y si leemos a Carlos Arniches y si oímos el lenguaje que vive en los barrios madrileños, veremos enseguida que sus comedias no son sino la transposición de aquel lenguaje tan vivo como sabroso. Tiene su mismo ritmo, su mismo tono y hasta su mismo juego de colores, de malicias y de gracias. Que Arniches añadió sal y pimienta al puchero es claro que sí, pero ni inventó el puchero ni

la olla. Puso en la lumbre los garbanzos y los dejó cocer y sirvió la vianda cuando la sintió cocida.

Igual es el caso de los hermanos Alvarez Quintero. Nadie ignora que en ellos todo fue auténtico, desde el ingenio que pusieron en sus escenas hasta el último modismo que tejieron en sus saludísimos diálogos. Y tan cabal era su arte que, muchas veces, sus creaciones resultaban modelos para el oído del propio pueblo y así lo que inventaban en la escena se tornaba cosa propia en los labios de la gente. Esto no hubiera sucedido jamás si el arte de los hermanos Álvarez Quintero oliera a falso o estuviera alejado de su buen origen.

Y así debió de ser el lenguaje de los pícaros que en las manos de Quevedo, Vélez de Guevara o Mateo Alemán, que cubrió el cañamazo de sus novelas. Tales autores podrían poner más o menos regustos de su ingenio, pero siempre partían de algo vivo y latente de la lengua popular.

¿Y qué se puede decir de los diálogos y de los coloquios que pusieron Galdós, Pereda, Valera, Pérez de Ayala y Camilo José Cela en sus novelas más rústicas? Estos diálogos y estos coloquios son reflejo del lenguaje oral del pueblo. En una palabra: lo que se toma de la viva voz y se arranca de cuajo y se inserta en las páginas literarias que crea no puede ser falsificación, ni remedo ni pastiche; es arte genuino que tiene larga historia en la historia de las letras.

¿Pero de dónde procede el lenguaje de las *Memorias de Pancho Villa*? Independientemente de que Martín Luis Guzmán conoció por sus reiteradas estancias la región norteña —Durango y Chihuahua—, tuvo oportunidad de tratar de cerca al pueblo de aquellos rumbos —la figura de Villa en primer lugar—, lo que le permitió llegar al sabor del habla más apegada a la tierra. Este hablar está latente, enjundioso, derramado en la boca de las gentes; se oye y se goza en la calle, en las plazas, en los mercados, en los cuarteles, en los mesones y dondequiera que los vecinos se juntan para mercar, rezar, decir sus cuitas y perder el tiempo en la insubstancial cháchara cotidiana. No se ha hecho todavía el estudio lingüístico y sociológico de lo que significa la buena plática que suelta sus alas en el trajinar de los pueblos.

De aquí nació el lenguaje de las *Memorias*. Cualquiera que hoy se aventure por aquellas sendas se tropezará con semejante tesoro. Es claro que este lenguaje conserva vocablos y giros arcaicos, pero ahí nadie sabe que son arcaicos ni los toma por tales. Son voces que se han conservado en la región desde los tiempos viejos de la Colonia. Fueron oídas por los pobladores en la parroquia, en los cuarteles y en el trato diario con amos y esclavos. El lenguaje se hereda, sin más averiguaciones, de los abuelos y se queda en los predios cuando su tráfico lo interrumpe una gran montaña o un caudaloso río. Los lingüistas saben de esto.

El impulso de la prosa de las *Memorias* consiste en que es el lenguaje hablado en la región norteña y que ronda incansable por valles y planicies. Es la lengua que Martín Luis Guzmán nos transmite en su libro, añadiendo el vuelo de su capacidad literaria y de su sentido estético.

Cuando esta prosa se lee sentimos el acento de su verdad. Entonces advertimos de dónde vienen su ritmo, su entonación y hasta su propósito de contagio. Este valor se mantiene en el más alto nivel estético gracias al esfuerzo del escritor.

Estas *Memorias* rebasan los límites iniciales del mundo de donde parten. No es un sujeto ni una región los que determinan sus fronteras. Se apoyan en un hecho inicial; pero a medida que vence el impulso creador, se amplía el panorama. La pluma del escritor abarca, desde este momento, más amplios horizontes: es ya el horizonte de México. Adquieren las *Memorias* un viento épico y de buena poesía. Junto a los pies de los hombres y de las bestias se dibujan llanuras verdes cruzadas por ríos, entre ariscos y mantos, y se levantan los muros de no se sabe qué montañas de rocas, verduras y nieve. Todo luce con grandeza telúrica.

Cuando leemos estas *Memorias*, cuando nos sumergimos en su ambiente nos gana un sabor que a veces es agrio, a veces es desabrido y a veces es dulce y siempre bravo que estremece el alma.

Así se realiza la transmutación de su origen. Tal acontece con los episodios que guardan la vida del héroe. Todo está aquí recreado: paisajes, cielos, lava, sangre, oraciones, arengas y un no se qué que viene de la tierra misma, del pueblo ebrio de alcohol, de sangre de venganza, de justicia y también del buen corazón por lo mucho que ha sufrido y por lo mucho que ha amado.

Las *Memorias* constituyen el resumen de algo que el propio Francisco Villa podía guardar en sus papeles o en su mente. Pero se le tenía que salir de las manos y del alma. De ahí el prodigio de la dilatada síntesis que logró realizar Martín Luis Guzmán. Porque en estas *Memorias* está Villa y lo que Villa arrastró consigo y lo que Villa tomó de México y lo que podía ser la historia de México y se queda temblando en la canción que dicen los viejos y los mozos junto al fuego.

Por otra parte —como se han atrevido a decir unos cuantos, entre ellos José Vasconcelos— este Villa de las *Memorias* no es el Villa de la historia, ni de la realidad contingente de los documentos. Estas *Memorias* constituyen una obra de arte, son la recreación de un héroe, acaso de los más grandes de la historia de México. No se trata de una serie de capítulos históricos sino de una serie de páginas de poesía. Es el mismo caso que ofrecen los cantos épicos de todas las literaturas. El Cid del *Cantar del Cid* nada tiene que ver, en su esencia, con la realidad histórica que le sustenta. El juglar que compuso el poema

transformó los episodios y nos dio el *Cantar*. Tampoco nada tiene que ver Roldán con el *Cantar de Roldán*. Roldán en la historia de Francia es poco menos que una figura inexistente; sólo el poema cobra prestancia y se llena de valor épico. Las *Memorias de Pancho Villa* son un canto épico de la vida nacional. Sobre su historia, sobre su realidad está la poesía y el acento épico que las anima y las sostiene más allá del horizonte de la patria.

La prosa de Martín Luis Guzmán, después de la altura alcanzada en las *Memorias de Pancho Villa*, entra en su cauce más recio donde logra una síntesis, una sobriedad que recuerda a Tácito y que no encuentra parangón en la prosa contemporánea de México.

En *Muertes históricas* está presente esta cualidad. Aquí parece que crece el primigenio poder de síntesis característica de la mentalidad estética de Martín Luis Guzmán. Se acentúa la presencia de la lógica y la razón que dominan en su mente. Esta capacidad es la *fisonomía de su estilo*.

La descripción de la muerte de Porfirio Díaz y la descripción del viaje trágico de Venustiano Carranza hacia el destino de su muerte no pueden lograrse con tal perfección sin el poder de un estilo literario acorde con el estilo del pensamiento íntimo del autor. Es la culminación de un genial escritor que desenvolviéndose en su obra, gracias a su intuición estética, dispuso de una lengua *trabajada por la historia y el pueblo*. Estuvo atento a los mejores modelos de la tradición castellana y, sobre todo, se mantuvo en la isla de su creación más personal. Su prosa es dueña de sus matices y de su profundidad. Vistas ellas es difícil descubrir las sendas de una escuela directora. La única escuela que le asiste es la que viene a través del tiempo, por la historia de las letras castellanas. Pasarán años para que surja en México una prosa de mayores quilates estéticos que la lograda por Martín Luis Guzmán. Pasarán años y su prosa ganará en resonancias mexicanas y en resonancias estéticas. Martín Luis Guzmán es uno de los más puros clásicos de la literatura mexicana.

Ermilo Abreu Gómez

Apología de Martín Luis Guzmán*

El C. Presidente: En su calidad de miembro de la Primera Comisión Dictaminadora de este Colegio Electoral, la Presidencia concede el uso de la palabra al señor senador González Pedrero, y le ruega pasar a la tribuna.

El C. González Pedrero: Ciudadano Presidente; Honorable Asamblea: Por convicción y solidaridad, vengo a esta Tribuna a defender el dictamen de la Primera Comisión de este Cuerpo Colegiado que ahora por mandato de la Constitución actúa nuevamente como Colegio Electoral para conocer el caso del presunto senador Martín Luis Guzmán.

Por solidaridad y convicción, porque, creo, como miembro de dicha comisión, que Martín Luis Guzmán tiene todo el derecho, desde los puntos de vista histórico, político y jurídico, de formar parte de este Honorable Senado de la República. (Aplausos.)

Soy conscientemente solidario de la relación que existe entre las generaciones que hicieron posible con las armas en la mano, fusiles e ideas, a la Revolución Mexicana, génesis del país que hoy vivimos. Relación vigente a pesar de la diferencia temporal entre quienes, en 1910, plena juventud, se lanzaron a la gran empresa libertaria con arrojo y dignidad y quienes nacimos en la etapa de la consolidación revolucionaria y conocimos de aquella suprema aventura a través de los testimonios de nuestros mayores y de los resultados del gran estallido, las instituciones revolucionarias, pero que no tuvimos la experiencia vital de las primeras etapas, la vivencia originaria del proceso que transformó y continúa transformando a México.

Ciertamente, caracteres y sensibilidades son, tienen que ser, distintos, en tanto que difieren las experiencias que marcaron en la infancia las vidas de ellos y las nuestras, como probablemente no coincidan tampoco muchos de nuestros puntos de vista sobre cuestiones eventuales y de circunstancia que la historia viviente plantea todos los días. Al apreciar ese acontecer cotidiano en el que

* Discurso de Enrique González Pedrero en el Senado de la República, en favor de Martín Luis Guzmán, 18 de septiembre de 1970.

todos nos encontramos inmersos, las perspectivas tienen que ser forzosamente diversas ya que, en la formulación de cada juicio frente a cada acontecimiento, pesan no sólo los datos objetivos procedentes de la realidad sino un cúmulo de matices subjetivos, emocionales, de historia personal si se quiere, que condicionarán inevitablemente los juicios y prejuicios de cada quien. Pero algo nos acerca por encima de todas las distancias: la absoluta convicción de que la Revolución Mexicana que ellos hicieron posible y que nosotros tratamos de continuar y prolongar en el espacio y en el tiempo nos ha marcado y transformado a todos por igual y de manera definitiva; la idea central de que México no sería el país que hoy es sin la semilla de la Revolución que ellos depositaron e hicieron germinar. (Aplausos.) Y al afirmarlo nos apoyamos no en optimismos vacíos o en buenos deseos, sino en la firme realidad histórica del progreso humano que, es bien sabido, sólo sanciona como revolucionarias a aquellas mutaciones que tienen como signo al progreso: la aspiración, la busca y el perfeccionamiento ascendente de la libertad como cualidad distintiva y la marcha hacia adelante para la satisfacción amplia de las necesidades colectivas.

Una Revolución que lo es de verdad no se limita exclusivamente a la superación del antiguo régimen. Su finalidad consiste en la sustitución de la estructura económica, política y social que existe por una más avanzada, más equitativa y justa, más democrática y libre. La nuestra lleva con legitimidad ese nombre, si bien es necesario conocerla en todas sus peculiaridades para evitar contratiempos históricos, que ya en nuestra época resultan demasiado costosos. La unidad en la diversidad que caracteriza al país, geográfica y humanamente, singulariza también a su Revolución. Participan en ella clases sociales distintas, que producen diversos tipos de dirigentes y esa unidad en la diversidad marca a nuestras instituciones revolucionarias. Piénsese, por ejemplo, en la Constitución Política que nos rige síntesis, como la Revolución, de lo más avanzado del pensamiento liberal decimonónico y de las aspiraciones colectivas del siglo XX; en la génesis y desarrollo del Partido de la Revolución; en nuestra vida económica y social. Será fácil entender entonces por qué todo ese gran movimiento que conocemos como Revolución Mexicana ha producido una conjunción nacional, un punto de confluencia, un acuerdo entre los sectores que participan en nuestra vida social y que son sus productos directos, a favor del gran proyecto creado por los gobiernos revolucionarios para hacer avanzar al país, a pesar de las diferencias concretas que por su colocación en la escala social tengan los autores y actores de nuestra corriente histórica vigente. Todos y cada uno de los integrantes de los sectores y clases sociales interesados en el progreso histórico del país tienen un lugar en el cumplimiento de esa tarea, en la batalla que la nación ha venido librando y va a continuar librando en favor del desarrollo económico y social de México. En este aspecto, la Revolución Mexicana no hace sino continuar la línea que nos marca la totalidad de nuestro proceso histórico.

Si en ese gran proyecto todos tenemos un papel que desempeñar es justo que, al lado de los ameritados soldados del pueblo que hicieron posible lo que

hoy vivimos y junto a los campesinos y obreros que forman sólidas columnas del régimen de la Revolución participen también quienes, con el arma de las ideas, prepararon el terreno y actuaron con la finalidad de hacer viables esas ideas, sin las cuales ninguna revolución es realizable. Porque no hay acción sin idea que la ilumine, no hay política sin teoría. Las ideas son como la brújula con que tropezó un día un niño:

“Una vez, revolviendo cajones en busca de nuevas lecturas, el niño halló un instrumento rarísimo, provisto de una aguja móvil que apuntaba siempre en dirección invariable... Aquella noche el niño sostuvo un diálogo con su padre.”

“ ‘¿Qué es esto?, le preguntó, mostrándole el instrumento que había descubierto arrumbado. ‘Una brújula’. ‘¿Y por qué esto apunta siempre hacia allá?’ ‘Porque allá está el Norte. Cuando crezcas y seas hombre, también tú serás así. Sabrás donde está tu Norte y no te extraviarás.’ ”

“Pocas noches después hubo otro diálogo. A tres calles de la casa del niño acababa de morir un hombre famoso llamado Guillermo Prieto, de quien todos hablaban apodándolo El Romancero. ‘¿Qué quién era Guillermo Prieto?’ le contestó su padre: ‘Un gran liberal; con su palabra salvó a Benito Juárez de la muerte que iba a darle un pelotón de soldados’. ¿Y quien era Benito Juárez? ‘Otro gran liberal, el mayor de todos’.”

“Desde entonces, dos frases de aquellas explicaciones paternas se le grabaron indeleblemente, pero las dos ligadas, las dos casi unidas en una sola, sin saber el por qué: ‘Ser un gran liberal’, ‘tener un Norte como las brújulas’.”

El niño que quería la brújula de las ideas liberales para iluminar su acción era, señores senadores, Martín Luis Guzmán. (Aplausos.) ¿Cómo se fue formando el arsenal de ideas, la brújula que señala al Norte que orientara el camino del futuro retratista de muchos de nuestros próceres revolucionarios, del gran cronista de nuestra epopeya, del maestro del idioma?

Su adolescencia en Veracruz, en donde asiste a una escuela laica, pública y gratuita, la Escuela Cantonal Francisco Javier Clavijero, marca el asentamiento de las inclinaciones liberales que su padre le había comunicado y que había integrado ya emocionalmente a su personalidad. Ahora son los maestros, figuras que reproducen ejemplarmente la figura paterna, quienes confirman y racionalizan la imagen de un México cívico y civil que exalta su ánimo, condicionado desde la infancia para recibir el estímulo de la exaltación patriótica. Las impresiones que su memoria guardaba, nimbadas con el prestigio que la imaginación del niño otorga a los héroes, se fijan durante la adolescencia, determinando la estructura de una vocación liberal que ya no admitirá modificaciones.

La educación —instrucción se la llamaba entonces— aunque dirigida hacia la calidad más que hacia la cantidad, elitista como el sistema del que era reflejo, es, por los resultados que produjo, uno de los aspectos que salen mejor librados del antiguo régimen. Y ello merced a las grandes figuras que la Revolución ha hecho bien en comprender, respetar y recordar con la admiración que produce siempre el talento que se vuelca en acción patriótica y constructiva: Don Gabino Barreda y don Justo Sierra. El primero, fundador de la Escuela Nacional Preparatoria y uno de los grandes educadores que ha dado el país. Ciertamente, a la luz de las experiencias y de la evolución filosófica, hoy su concepción cultural puede parecernos incompleta y esquemática pero, ahora más que nunca, es válida la relación que debe ligar a la cultura y la educación con la ciencia y la tecnología. Barreda forjó una pedagogía que la educación mexicana hará bien en no desdeñar. Don Justo Sierra fue un historiador y un pedagogo notable y uno de los pensadores liberales más acabados, como lo prueba su obra literaria y política y su labor organizadora y promotora de la cultura nacional. Sin Justo Sierra no podría concebirse lo que ha sido la educación en México en lo que va del siglo.

Gracias a la labor de estos hombres fue formándose en México una generación que, alrededor del Centenario de la Independencia, comenzó a producir sus primeros frutos, que después se convertirían en espléndidas realizaciones de la cultura mexicana. La generación a que me refiero es la del Ateneo de la Juventud del que formaron parte, entre otros: Antonio Caso, José Vasconcelos, Alfonso Reyes, Enrique González Martínez, Rafael López, Jesús T. Acevedo, Alfonso Cravioto, Jesús Gómez Robelo, Roberto Argüelles, Eduardo Colín, Joaquín Méndez Rivas, Federico E. Mariscal, Carlos González Peña, José Escofett, Mediz Bolio, Rafael Cabrera, Alberto J. Pani, Alfonso Pruneda, Diego Rivera, Roberto Montenegro, Isidro Fabela, Pedro Henríquez Ureña, Manuel M. Ponce, Julián Carrillo, Julio Torri, Manuel de la Parra, Mariano Silva y Aceves, Martín Luis Guzmán... Un grupo de jóvenes cuyas inquietudes se gestaron en las aulas de la Escuela Nacional Preparatoria. El liberalismo que Guzmán había empezado a beber en las pláticas paternas y en las lecciones de los maestros de Veracruz es el núcleo ideológico que domina la enseñanza en aquel semillero de intelectuales que concebirían la cultura en su más profundo sentido humanista, no tanto como un grado del saber sino más bien como un estado del ser. Al ejemplo de Justo Sierra, la Preparatoria los orienta en torno al ideario de los hombres de la Reforma. Se despierta en aquella generación una preferencia decidida por la claridad en las ideas, por la disciplina y el rigor mentales y una seriedad, espontáneamente nutrida por esas virtudes de la razón, en la entrega a la tarea que la vocación señala. Al joven Martín Luis Guzmán se le plantea entonces una alternativa:

“De ser, pues, otra la hora, otro el panorama social y político que la inercia de su actitud íntima le mostraba, la devoción y el ejercicio de las letras hubieran normado su vida desde entonces. ¿Pero le correspondía a él po-

nerse al margen del torrente que a la sazón estaba formándose en México? ¿Le cabía inhibirse, contemplativo o creador, de cuanto aquel torrente anunciaba y exigía desde 1906? A otros, evidentemente sí, pues son indiscutibles los fueros que otorga la vertiente de cada personalidad; a él no, y por idéntica causa: porque el ejercicio de esos fueros se convierte pronto en férreo carril de la conducta.”

Una vez hecho consciente el dilema, pesa más la vocación civil que el imán interior. Las necesidades de México son mayores que las internas, las íntimas, por válidas que éstas puedan ser, como indudablemente lo son.

Sorprende la escasa vacilación para resolver un problema que, cuando se da, paraliza, obstruye y frustra en no pocas ocasiones al infortunado a quien el dilema agujonea. Y no exageramos. Decidir entre el mundo del arte, del pensamiento, de la esfera de la autonomía y la vigencia personal y el mundo de los demás —que es también el nuestro—, de la sociedad y de la historia no es fácil alternativa. Tanto rigor requiere el uno como el otro y a veces las exigencias íntimas son más intensas y acuciantes que las sociales. En teoría, el equilibrio armónico entre el mundo interior y el de afuera resuelve la alternativa pero, en la práctica cotidiana, percibimos que lo que sencillo parecía, comienza a complicarse y que, o bien subrayamos el lado íntimo, o bien la cosa pública nos atrae demasiado: ese estira y afloja, ese contradictorio juego de tensiones opuestas puede llegar a escindir peligrosamente al individuo, redundando en demérito de la obra y, en ocasiones, perturbando definitivamente al creador. Para quien desde siempre ha tenido clara la vocación social o artística no existe conflicto: La creación de uno u otro signo, se impone y eso es todo. Pero el que pretende atender el doble llamado suele meterse en atolladeros innarrables, de los que no siempre se sale con bien.

Un planteamiento abstracto es sin embargo, por demasiado esquemático, ambiguo. En América Latina, en México, el intelectual, el artista, el hombre de ideas o de letras tiene una responsabilidad mayor que en las sociedades maduras donde todo sobra. En un mundo de carencias y vacíos no puede, no debe haber regateos mezquinos acerca de la contribución a la tarea colectiva, a la obra ciudadana. Y lo que decimos del intelectual en México es válido para todos: el convencimiento de que jamás debe prevalecer el interés privado frente a la voluntad general. Y, sin embargo... , toda la acción revolucionaria ha sido y tendrá que ser acaso más todavía en ese futuro inmediato que es casi presente, la busca de esa legítima aspiración que, desde Juan Jacobo, caracteriza a toda acción política democrática.

Resuelta para Martín Luis Guzmán la primera opción, pronto entendió que había sido sólo el principio de una cadena de dramáticas interrogaciones que lo perseguirían durante su vida revolucionaria. La necesidad y la justicia de la Revolución estaban fuera de dudas, pero no era fácil situar las contingen-

cias inmediatas en el plano de los juicios históricos definitivos. “¿Cómo se reflejaría la imagen de la Revolución, cómo la de sus hombres —se preguntaba Guzmán— en el espejo de la historia mexicana?” Lo que angustiaba entonces al futuro escritor era esa contradicción inherente a todo fenómeno revolucionario, tan conflictiva para los hombres de ideas: la práctica revolucionaria, la acción concreta de los hombres que la ejecutan y que, en ocasiones arrastra un pesado lastre de inconsecuencias, de insensateces y aun de infamias que no puede pasar por alto el humanista convencido, por otra parte, de la razón histórica de la Revolución. Mientras empezaban a gestarse los proyectos literarios que luego se llamarían *El águila y la serpiente* o las *Memorias de Pancho Villa*, Guzmán se debatía entre graves dudas: ¿cómo conciliar la aspiración a los máximos valores literarios y estéticos con los propósitos éticos de reflejar en toda su grandeza a la empresa revolucionaria, sin pasar por alto la crudeza de la revolución de todos los días, la que él había vivido y conocido en toda su descarnada realidad? Su vasta obra literaria es testimonio de que supo hacerlo.

Pero la generación de la que formó parte Martín Luis Guzmán no sólo dejó su huella en la vida mexicana por los aportes singulares que cada uno de sus miembros prestó a las distintas esferas de la actividad cultural. La significación histórica de los hombres del Ateneo se acentúa cuando se les contempla ya con la perspectiva de las generaciones posteriores y se advierte que ellos fijaron, con rasgos permanentes, la participación de los intelectuales en las tareas revolucionarias de México. Aquella generación que, desde 1906, actuó en bien del país creó la Sociedad de Conferencias, cuyos trabajos culminaron con el famoso ciclo dictado en 1910 y con el profundo discurso universitario de don Justo Sierra que fue el fruto, en buena medida, de la comunicación intelectual entre el maestro y las inquietudes de los brillantes y prometedores jóvenes de entonces. La cultura humanística se convirtió así en una bandera y un escudo en la lucha contra la filosofía imperante y, en el fondo, contra el sistema mismo. Hacia 1911 los integrantes del Ateneo van más lejos: fundan la Universidad Popular Mexicana, “escuadra volante como la llamó Alfonso Reyes, constituida para transmitir un mayor acervo de conocimientos indispensables a amplios sectores de población desprovistos de medios para proseguir estudios más allá de la escuela primaria. El lema de aquella Universidad, cuyos jóvenes profesores acudieron durante diez años a talleres y centros de trabajo para acercarse, en su propio medio, al auditorio potencial, era una frase de Justo Sierra: “La ciencia protege a la patria”. Los jóvenes intelectuales dieron la tónica, además, a la nueva Facultad de Humanidades en donde, junto con los maestros más ilustres de entonces, ayudaron a encontrar su camino a otro grupo brillante, cuyos miembros serían conocidos pronto como “los Siete Sabios”. Los nombres de Alfonso Caso, Vicente Lombardo Toledano, Antonio Castro Leal, Manuel Toussaint, Alberto Vázquez del Mercado, Manuel Gómez Morin, Xavier Icaza, Narciso Bassols, Jesús Silva Herzog, Ignacio Chávez deben ser evocados, sin atenernos demasiado a una estricta cronología, como partícipes de las tareas de una generación que bien podría llamarse “de las Ins-

tuciones'' por su intervención en todos los aspectos de la vida cultural, social, política y económica del país. Esa generación no sólo contribuyó a la transformación y reorientación de la Universidad y de la cultura nacional, sino que participó directamente en la administración revolucionaria de entonces y en la creación de la infraestructura económico-social de México, decisiva para la promoción ulterior del desarrollo económico del país. La vida universitaria, la vida política a través del sistema de partidos, la vida sindical, la indígena, la artística, la científica, la educativa, la vida nacional en todos sus múltiples aspectos recibió un notable influjo de cada una de las generaciones que, desde aquella del Ateneo de la que formó parte Martín Luis Guzmán, han contribuido al avance histórico del país, siguiendo la tradición de los hombres de la Reforma y confirmando ese lazo indiscutible que siempre ha existido en México entre Revolución e inteligencia. Los que nos sentimos herederos de esa corriente, que se nutrió en las fuentes del liberalismo mexicano y posteriormente en todas las corrientes sociales de nuestro siglo, tenemos la obligación de cuidar y mantener el patrimonio de ideas fundadas en los conceptos de libertad y de servicio, para bien de la cultura, de la Revolución y del Estado democrático mexicanos.

Martín Luis Guzmán ha sido actor y afortunado testigo de la vida de la República, antes y durante el movimiento armado y, en forma permanente, de la Revolución Mexicana, dentro y fuera del país. La presencia de Martín Luis Guzmán en este Senado de la República, en la séptima década del siglo que se inició con la impronta de una generación audazmente renovadora, decidida a transformar al país, debe ser interpretada como la presencia simbólica de toda aquella generación y confirma la vigencia del espíritu que encarnaron en 1910 los jóvenes intelectuales del Ateneo.

Ciertamente la Revolución fue azarosa en el caso de Guzmán, como lo fue al marcar casi todas las vidas de quienes intervinieron más de cerca en ella. Pero aun durante los dolorosos alejamientos que lo condujeron primero a Estados Unidos y más tarde a España, su ánimo no residió nunca lejos de México. El Partido Acción Nacional ha intentado lastimarlo, recordando que durante su permanencia en la península solicitó y obtuvo la nacionalidad española. No sé si para Acción Nacional resulte vergonzoso recordar que México, como cada uno de los demás países latinoamericanos, reconoce en España, uno de sus orígenes como nación y como cultura, sin que reconocerlo suponga olvidar el otro gran tronco de nuestra identidad, el indígena. En todo caso, para nosotros nunca podrá ser vergonzosa la cercanía espiritual con la España liberal y republicana.

Alejado temporalmente Martín Luis Guzmán, y no por voluntad propia de nuestra República, se hizo solidario de la República Española a cuya causa se adhirieron en la década de los treinta, hombres amantes de la libertad de todos los rincones del mundo. En Madrid dirigió con éxito uno de los mejores

diarios de España; conoció y cultivó relaciones estrechas con algunos de los mejores espíritus de aquella época, entre los que destaca don Manuel Azaña, que más tarde fuera Presidente de la República y, sobre todo, siguió pensando y trabajando sobre México, de tal manera que buena parte de su obra fue relexionada y escrita en España.

Entendámonos: Si Martín Luis Guzmán obtuvo, en horas de lejanía, la nacionalidad española, rescató su nacionalidad mexicana pocos años después, en 1940, y con ella su ciudadanía.

Cuando el PAN afirma que Martín Luis Guzmán no es ciudadano porque, de acuerdo con el Artículo 37 Inciso B, fracción segunda de la Constitución, la ciudadanía se pierde por prestar servicios oficiales a un Gobierno extranjero se arroga funciones jurisdiccionales que no corresponden a un partido político. ¿Dónde está el acto de la autoridad mexicana competente que, en el momento preciso, calificara la relación personal, de amistad, existente entre el señor Guzmán y el señor Azaña como "servicios oficiales" violatorios de la Constitución y lo declarara por consiguiente, despojado de sus derechos de ciudadanía? Ese acto evidentemente no se produjo. Existe una disposición constitucional, que se menciona, y unos hechos que se califican unilateralmente, pero no hay, ni hubo en ningún momento la determinación, por autoridad competente, de que esos actos fueran efectivamente violatorios de la Constitución ni de que tuvieran como resultado privar de la ciudadanía a Martín Luis Guzmán.

Se afirma que el señor Guzmán prestó servicios oficiales al gobierno republicano español trabajando como secretario de Ministro de la Guerra desde 1930. Habría que preguntarse qué "servicios oficiales" podría haber prestado en 1930 a don Manuel Azaña, que no formó parte del Gobierno sino a partir de 14 de abril de 1931, fecha en que se instauró la República. Se trata, más bien, de una relación amistosa y personal que suponía, como cualquier relación de ese tipo, servicios mutuos y que se prolongó una vez asumidas por el señor Azaña sus funciones públicas. Y, además ¿en qué lugar de las Memorias citadas se describen tales "servicios oficiales"? Porque el desempeño de "servicios oficiales" implica la atribución expresa de un nombramiento y la localización del beneficiario en la jerarquía del Estado.

Se dice que el señor Azaña escribió textualmente en su Diario, el 15 de noviembre de 1931: "A Guzmán le interesa la política española más que a mí". Sólo que, cuando se cita, no hay que hacerlo fuera del contexto. Recordemos la cita completa, sin mala fe, con honestidad:

"a Guzmán le interesa la política española más que a mí".

"Guzmán se preocupa mucho de las calumnias que me levantan por ahí y que en innumerables hojas clandestinas han inundado a toda España. Como yo no hago caso de esto, Guzmán me reconviene; dice que una campaña calumniosa fue el origen de la caída de Madero".

En cuanto al interés por la política española, ¿a quién que reside largo tiempo en un país puede no interesarle la política de ese país si se trata de una persona alerta e inteligente? Y, por otra parte, ¿no se confirma nuestra tesis, en el sentido de que aún durante su experiencia española, Martín Luis Guzmán no dejó de reflexionar un solo instante sobre México?

El PAN afirma: "El PRI dice que el señor Guzmán recuperó la nacionalidad mexicana en 1940..." Pero no es el Partido Revolucionario Institucional el que dice porque, como afirmábamos antes, un Partido no tiene por qué usurpar funciones que le competen a un órgano del Estado. En el caso que nos ocupa, dicho acto fue ejercitado a través de la Oficialía Mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, como consta en el Certificado de Nacionalidad No. 50, expedido el 31 de enero de 1940, en el que no se señala ninguna reserva al goce de todos los derechos inherentes a la plena nacionalidad.

Si toda la argumentación depende, como es evidente, de la calificación como "servicios oficiales" de la relación de amistad que ligó a Martín Luis Guzmán con Manuel Azaña y, concretamente, de los servicios que como secretario se le atribuyen, podemos ayudar al PAN a completar su expediente, informándole que los verdaderos secretarios de Manuel Azaña se llaman, siguiendo un orden cronológico: el primero nombrado en el momento en que Azaña es designado Ministro de la Guerra el 14 de abril, comandante de Artillería Juan Hernández Sarabia que fue, además Jefe del Gabinete Militar del Ministro de la Guerra; el segundo, cuando en octubre de 1931 Azaña es Jefe de Gobierno y conserva el Ministerio de la Guerra, Juan José Domenchina, designado secretario para la Jefatura del Gobierno; por último, desde enero de 1935, estando fuera del poder don Manuel Azaña, nombró como Secretario personal y oficioso al señor Santos Martínez, quien actuó ininterrumpidamente a su lado hasta el día en que aquél muriera en el destierro.

Ciudadanos Senadores:

La Cámara de Diputados, actuando como Congreso Local, ha expedido al ciudadano Martín Luis Guzmán la constancia de mayoría de votos en las elecciones celebradas el 5 de julio, cuando el electorado del Distrito Federal hizo la mejor ratificación moral y política de sus derechos ciudadanos. El Senado debe aprobar los puntos del dictamen que le somete la primera Comisión Dictaminadora, con la seguridad de que realiza un acto de justicia electoral y de justicia histórica.

Para cerrar esta intervención, ya demasiado larga, quiero leer a ustedes unas palabras de Andrés Iduarte:

"Muchos otros valores tiene la obra de Guzmán, además de los que aquí tocamos ahora sólo de paso. Pero el que los ata a todos en uno y el que

nuestra patria y la crítica nacional y extranjera han premiado ya, es el extraordinario de haber hecho entrar a México y a sus hombres, a caballo y victoriosos, por encima de sus avatares, en la historia de las letras hispánicas y en la de las libertades humanas''. (Aplausos.)*

Martín Luis Guzmán, 1887-1976**

(Por José Emilio Pacheco)

El miércoles 22 de diciembre de un año que se llevó también a Daniel Cosío Villegas y a José Revueltas, Martín Luis Guzmán murió a solas en su mesa de trabajo. Era el decano de las letras mexicanas e hispánicas. Nunca quiso ejercer su patriarcado ni rendirse a la decadencia de la edad, una edad que sólo Payno, Prieto, Balbino Dávalos alcanzaron entre nosotros pero nadie con la lucidez y el vigor de Guzmán.

Unos días antes contestó a Jorge Russell para una encuesta de *Texto Crítico* sobre la relación o incompatibilidad entre la literatura y política: "Hay absoluta compatibilidad cuando la vocación del escritor es solicitada a la vez por la una y la otra actividades. Yo soy prueba viva de ello". La política lo llevó de la oposición a la participación. A partir de 1960 desempeñaba activamente un cargo honroso: editor de los libros de textos gratuitos. En 1968 fue el único escritor que estuvo abierta y militantemente con el gobierno al punto de escribir, en las páginas del semanario *Tiempo* que dirigió desde 1942 hasta su muerte, la sola relación oficiosa que hasta ahora poseemos de los hechos. Se rompió el consenso con que doce meses atrás se habían celebrado sus 80 años. Sin embargo nadie dejó de reconocer su obra literaria: Revueltas fue el primero en admitir y celebrar la grandeza de quien llamó Emmanuel Carballo "el clásico por excelencia del siglo XX mexicano".

La generación de 1910

Nacido en Chihuahua, Guzmán pasó su infancia en Tacubaya y su adolescencia en Veracruz. Su padre era profesor del Colegio Militar y, coronel federal,

* Nota: La Asamblea decidió en votación económica hacer legales y válidas las elecciones para senadores propietario y suplente celebradas en el Distrito Federal el 5 de julio de 1970. Esta aprobación ratificó a Martín Luis Guzmán como Senador Propietario por el Distrito Federal, cuyo periodo terminaría el 31 de agosto de 1976.

** Revista Proceso, núm. 9, 1 de enero de 1977.

murió en uno de los primeros combates de la Revolución. Guzmán encontró sus influencias formativas en el liberalismo de la Preparatoria porfiriana. Allí conoció también a sus amigos con los que formó el Ateneo de la Juventud, la generación de quienes tuvieron 20 años en 1910. Fue brevemente cónsul en Arizona y pudo familiarizarse con una lengua y una literatura que habían permanecido ajenas a los escritores mexicanos. Asimismo Pedro Henriquez Ureña lo orientó en las letras inglesas: veía en Guzmán al ensayista y en Reyes al futuro gran novelista del grupo. Al lado de ellos Guzmán aprendió la seriedad, el hacer bien las cosas, el repudio de la improvisación mexicana.

A raíz del asesinato de Madero, Guzmán se incorporó a las fuerzas revolucionarias. Carranza lo puso a las órdenes de Villa que iba a ser el gran personaje de su obra. Participó en los gobiernos de la Convención de Aguascalientes y ocupó cargos en la Universidad, la Biblioteca Nacional, la Secretaría de Guerra. A comienzos de 1915 se exilió, roto el sueño de un México regido por el caudillo bárbaro a quien sus consejeros del Ateneo hubieran civilizado como los "Científicos" limaron al otro Villa.

En Madrid hizo con Reyes algunas de las primeras crónicas cinematográficas de nuestra lengua y publicó su primer libro, *La querrela de México*, que arrastra todavía el peso ideológico de los años porfirianos y fue un acto de valor reeditar sin apostillas en 1958. Luego pasó algunos años en los Estados Unidos como profesor en Minnesota y director de *El Gráfico* de Nueva York. Escribió el más "ateneísta" de sus libros: los ensayos y poemas en prosa que formaron *A orillas del Hudson* (1920) y, lector devoto de Wells, uno de nuestros primeros cuentos de ciencia-ficción: "Cómo acabó la guerra en 1917".

Los de arriba

De regreso en su patria fue diputado y director del periódico *El Mundo*. Tomó partido por Adolfo de la Huerta y al ser derrotado el levantamiento delahuertista gracias al mismo genio militar de Obregón que 9 años atrás había vencido a Villa. Guzmán se expatrió nuevamente de 1925 a marzo de 1936. Fue la década más fecunda de su vida y la pasó en Madrid con un breve intermedio en Francia. Se convirtió en un gran periodista literario (las magistrales *Crónicas de mi destierro* se publicaron en 1964). Fue editor de *El Sol* y colaboró muy cercanamente con Manuel Azaña en la política republicana. Pero sobre todo descubrió que su genio no era teórico sino de narrador de lo visto y de lo vivido, campo en que nadie lo supera en su idioma.

Al borde de los 40 años rescató su experiencia revolucionaria en *El águila y la serpiente* que enlaza los libros de John Reed (nacido como él en 1887) con las novelas políticas de Malraux, Kloester, Silone —el género dominante de los

treintas— y se convierte en la obra maestra castellana de lo que hoy designamos como *New Journalism*. Se borran los límites entre ficción y no-ficción y sólo brilla en su punto más alto el arte narrativo.

Se ha dicho con justicia que *El águila y la serpiente* es para la Revolución lo que fue la *Historia* de Bernal Díaz para la Conquista. Se ha afirmado también que es la novela de los de arriba: el libro de los caudillos. El ausente es el pueblo en armas; el artista del Ateneo no llega a verlo sino como carne de cañón o material ridiculizable (los zapatistas en la ciudad de México). Pero entre la estética de la violencia y la fascinación de la carroña la prosa sin edad de Guzmán convierte en epopeya lo que narra, los generales se vuelven personajes de Tácito y Plutarco, la Revolución queda exaltada al rango de un pasado clásico.

La novela del poder

El águila y la serpiente es el libro de la lucha armada: 1913-1915. *La sombra del caudillo* (1929) es la primera novela de la Revolución hecha gobierno. Escrita bajo el impacto del asesinato del general Francisco Serrano en Huitzilac, mezcla con destreza acontecimientos de 1927 y 1924 y sólo añade un personaje imaginario: Axcaná González, destinado a ser el nexo de una trilogía que no llegó a escribirse y de la que sólo queda un relato "Axcaná González en las elecciones" aparecido originalmente (1931) como *Aventuras democráticas*.

La sombra del caudillo es una obra de fundación y sin ella hubiera sido distinta la novelística mexicana posterior a Guzmán. Sus repercusiones pueden verse aún en *La muerte de Artemio Cruz* y, fuera de México, en *Conversación en la Catedral*. Su virulencia se manifiesta en el hecho de que su versión cinematográfica nunca haya podido exhibirse por que se considera injuriosa para el Ejército. O tal vez porque nuestra actual legalidad se funda sobre el golpe militar de Agua Prieta a cuyos dirigentes, Obregón y Calles, impugna ferozmente Guzmán.

En sus tiempos de Jefe Máximo, Calles amenazó a Espasa-Calpe con cerrarle el vital mercado mexicano si publicaba obras contemporáneas de Guzmán. El escritor se volvió entonces hacia la historia, hizo una admirable biografía de *Mina, el mozo, héroe de Navarra* (1932) a la que después añadió un epílogo que justificara el nuevo subtítulo: *héroe de España y de México* (1955) y los relatos paralelos de "vidas reales que parecen imaginarias", coincidentes en su publicación periodística con la *Historia Universal de la infamia* pero no reunidos en volumen hasta 1960: *Filadelfia, paraíso de conspiradores*, biografía de un fracasado asesino de Napoleón, y *Mares de fortuna*, semblanzas de los últimos piratas: Barba-Negra, Laffite, Luis Aury. Anticipó así novelas de los sesentas como *El de las Luces* y *El Mundo Alucinante*.

Vámonos con Pancho Villa

Expulsado Calles del país, Guzmán volvió a México y se solidarizó con el régimen de Cárdenas. Para escribir sus libros no podía estar fuera del mundo observable de la política y en su interior, perdía libertad crítica. Dedicó su mayor esfuerzo a la figura del caudillo que a cambio de perder la guerra civil ganó casi por entero la literatura: las *Memorias de Pancho Villa* (cinco volúmenes: 1938-1951, a los que debieron añadirse otros más pues hasta ahora se detienen significativamente en vísperas de la derrota decisiva en Trinidad) constituyen una obra cuya ambición sólo han venido a igualar en estos días las últimas novelas de Fuentes y Del Paso, aunque en direcciones muy distintas.

Guzmán renuncia a su estilo incomparable para hacer hablar al propio Villa en una empresa literaria a la que no debieron ser ajenas las novelas de Roberto Graves sobre Claudius y que produce un curioso efecto de ventriloquía. Por más que Guzmán nunca llega a estar en pleno dominio artístico de esa trasposición del dialecto rural que fue el gran acierto de Rulfo y si bien a diferencia de sus otros libros, se notan aquí la carpintería literaria y el esfuerzo, la destreza del narrador sobrevive a los obstáculos que se impuso a sí mismo. Inconclusas y todo, las *Memorias* son el más perdurable monumento que se ha erigido a Pancho Villa y ningún otro de los grandes jefes revolucionarios dispone hasta hoy de un mausoleo semejante.

El fracaso y la gloria

De 1940 a 1950 Guzmán fue ante todo el hombre de empresa que con su gran amigo desde los tiempos de Madrid, Rafael Giménez Siles, fundó casas editoras (Ediapsa, Nueva España, Empresas Editoriales, Compañía General de Ediciones, a la que debemos la difusión de Carpentier), inició las Librerías de Cristal, hizo revistas como *Romance y Tiempo* y editó la serie "El liberalismo mexicano en pensamiento y acción".

En 1958, estimulado en parte por el total reconocimiento de la generación que entonces era la más joven (las entrevista de Carballo en *México en la Cultura*, el homenaje de Fuentes), así como por los mayores premios con que el país recompensa la tarea literaria, Guzmán decidió publicar lo que había quedado inédito o disperso y reunir sus *Obras completas*. En los cinco años siguientes dio nuevos libros o reediciones. Siempre corregidas en un afán ejemplar de perfección estilísticas: obras menores o simplemente documentales como *Necesidad de cumplir las leyes de Reforma*, *Pábulo para la historia y Academia* que sin embargo contiene "Apunte sobre una personalidad", anticipo de unas memorias que todo mundo espera haya alcanzado a concluir; las ya aludidas *Crónicas de mi destierro y Filadelfia*; un guión de cine en forma de novela, *Islas Marias*; un relato sobre los *Maestros rurales cardenistas*, inicial-

mente publicado en 1946 como *Kinchil*; la primera parte de una narración que ojalá no haya quedado inconclusa sobre el cuartelazo de la Ciudadela, *Febrero de 1913*; y en primer término su tercera obra maestra: *Muertes históricas*: “Tránsito sereno de Porfirio Díaz” e “Ineluctable fin de Venustiano Carranza”, capítulos de una serie iniciada en *El Universal* hacia 1938 y que nunca nos consolaremos de que haya abandonado. Porque no se ha escrito en México una prosa narrativa comparable a la de estas *Muertes históricas*.

También el destino de Martín Luis Guzmán se ha vuelto ahora ineluctable y es ocioso lamentar, sin tener en cuenta las opciones que el país ofrece a sus escritores, que no haya hecho las novelas políticas de los regímenes posteriores al callismo. Lo que escribió es suficiente para darnos una tradición viva. Su obra perdurará como la gran crónica del fracaso y la gloria de la Revolución. Y nadie se privará de sus libros sin pérdida porque en ellos todo escritor y todo mexicano tiene todavía mucho que es preciso aprender.